

# La Experiencia Mística y la Santidad

En esta sección de la Página insertamos una serie de artículos y enseñanzas escritos por nuestro Coordinador General, Juan Franco Benedetto, buscando clarificar un tema tan difícil y muchas veces confuso como el sentido profundo de la denominada “experiencia mística”, y en qué consiste realmente algo que va unido a ella, que es la “contemplación infusa”, además de explicar su relación íntima con la noción de la santidad cristiana.

La experiencia mística y la contemplación infusa.

¿Es posible hoy la vida mística en el laico católico?

Ser santo en el Siglo XXI

La Sanación integral del hombre por la gracia de Jesucristo

## La Experiencia Mística Y La Contemplación Infusa

Las expresiones “experiencia mística” y “contemplación infusa”, por distintas razones, se prestan a confusión, ya que son utilizadas para expresar realidades espirituales diversas. Por eso es importante clarificar las acepciones variadas de estos términos, en particular para que se comprenda mejor el significado que les aplicamos en los escritos que componen la Página Web “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual”

En la Sección ‘Selección de Textos Espirituales’, ‘Fundamentos de la Vida Cristiana’, se presenta un extracto del libro del P. Royo Marín “Teología de la Perfección Cristiana”, bajo el título ‘Posibilidad de vivir la Experiencia Mística’, donde se desarrolla con gran claridad el concepto de la experiencia mística cristiana.

Vamos a sintetizar este tema, para comenzar a abordar el sentido de este artículo. Una primera definición muy importante nos dice que *la mística* como hecho psicológico es, ante todo, *una experiencia de lo divino*. Por esta razón más que de “mística” es conveniente hablar de “experiencia mística”.

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿en qué consiste propiamente esta experiencia espiritual, y qué la origina?

La respuesta a estas cuestiones es muy clara: se produce la experiencia mística cuando la persona vive la actuación de los dones del Espíritu Santo, es decir, su inteligencia y su voluntad son informadas y movidas directamente por las mociones del Espíritu Santo, que reemplazan el modo natural humano de actuar.

Es por esta razón que se expresa que en la experiencia mística el cristiano actúa al “modo divino”, sin utilizar su raciocinio en la forma discursiva natural humana, sino que es impulsado por el “instinto sobrenatural” que recibe por la actuación de los preciosos dones del Espíritu Santo.

El tema de los dones del Espíritu Santo (no confundir con los “carismas”) lo encontramos desarrollado en ‘La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo II’. Recordamos aquí que los dones del Espíritu Santo pueden ser presentados como si fueran “antenas” espirituales, que captan las mociones que vienen del Espíritu Santo, las que actúan sobre la inteligencia (dones de Inteligencia, Ciencia, Sabiduría y Consejo) o sobre la voluntad (Sabiduría, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios), de manera que el cristiano ejecuta los actos derivados de las virtudes cristianas no movido por su manera de obrar humana, sino al modo divino.

Para mejor entender este mecanismo, hay que recordar que la gracia santificante incorpora al cristiano un doble sistema de nuevas capacidades sobrenaturales, es decir, que no contaba con ellas en su naturaleza al venir al mundo: las virtudes cristianas y los dones del Espíritu Santo.

Las virtudes cristianas o infusas (teologales: fe, esperanza y caridad, y cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza) son nuevas capacidades que actúan sobre las facultades humanas. Auxilian a la *inteligencia* la fe y la prudencia, y a la *voluntad* las demás, expandiendo y ensanchando su acción, disminuida y enferma por el pecado original.

Estas virtudes obran *al modo humano* cuando son gobernadas por la propia razón del hombre, o también *al modo divino* cuando las guían las mociones del Espíritu Santo captadas a través de la acción de los siete maravillosos dones (“La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo IV”).

Es en este último caso que se dice que el cristiano ha entrado en el “estado místico”, en el cual los actos que realiza a través de la acción de las virtudes infusas o cristianas son movidos directamente por el Espíritu Santo, por supuesto con la cooperación y aceptación libre y voluntaria del sujeto.

Cuando esta operación de los dones es más o menos frecuente y habitual, nos encontramos entonces en presencia del cristiano perfecto, el santo, el “hombre espiritual”, el “hombre nuevo”, que son todas denominaciones equivalentes para expresar una misma realidad: una persona que reproduce en sí misma, en sus sentimientos y actitudes, al mismo Cristo, y que puede expresar con propiedad, al igual que San Pablo: “Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gálatas. 2,20).

El santo ya no es gobernado en sus actos por su modo humano de obrar, con primacía de sus propios razonamientos y sentimientos, sino que pasa a tener un “modo divino” en sus acciones, producido por el gobierno directo de las mociones de Dios, a las que se presenta dócil y obediente por su elección personal.

Muy probablemente por esta razón los santos son vistos por las demás personas en muchos aspectos como locos, o al menos como un poco chiflados, porque en su comportamiento se apartan de la lógica humana y de las actitudes habituales del mundo. Lo que ocurre es que su mirada se eleva y va mucho más lejos de los demás, captando y siguiendo los designios de Dios para sus vidas y para el entorno que los rodea, que normalmente no son percibidos por los hombres que no tienen la suficiente apertura espiritual a Dios.

Así, tan sencilla pero a su vez tan grandiosa y sobrenatural es lo que llamamos con propiedad “experiencia mística”. ¿Dónde aparece esencialmente la confusión en este tema?: es en un aspecto muy puntual, en cuanto a lo que se refiere a ciertos *fenómenos extraordinarios* que muchas veces son concomitantes con la experiencia mística, pero que obedecen a causas distintas a la acción profunda de los dones del Espíritu Santo, que sí forma parte del desarrollo normal y ordinario de la gracia santificante.

Es muy común creer que la experiencia mística consiste primariamente en la manifestación más o menos intensa de estos fenómenos extraordinarios, que, como su nombre lo indica, están fuera del camino ordinario de la mística. El origen de estos fenómenos se encuentra en las “gracias dadas gratis” (“La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo VII”), que se distinguen de la gracia santificante y su cortejo de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, que son permanentes, por consistir en mociones temporarias o transeúntes del Espíritu Santo, que no se ordenan de suyo a la santificación de quien las recibe, sino que concurren al provecho de otros y a la edificación de la Iglesia.

Tales fenómenos, entre los que encontramos los de orden intelectual, como visiones, locuciones, profecía, etc., y otros de orden físico, como la estigmatización, la levitación, el ayuno prolongado, la luminosidad de los cuerpos, y muchos otros, pueden o no darse en las vidas de los santos abiertos por completo a la acción de Dios. Su objetivo primordial es mostrar la presencia y la acción sobrenatural de Dios en el mundo, su poder para derogar las leyes naturales, de manera de hacer más eficaz la evangelización y la conversión de los ateos e incrédulos.

Queda así aclarado el sentido del primer término que nos planteamos, la “experiencia mística”, tal como va a ser utilizado a lo largo de los trabajos y escritos desarrollados en esta Página.

Abordaremos ahora el significado de otra expresión que tiene también distintas acepciones con significados bien diferentes: *la contemplación*.

Nosotros nos vamos a referir a lo que se denomina “contemplación infusa”, es decir, que no puede ser lograda por el ejercicio del cristiano, sino que es solamente infundida por Dios, según su libérrima voluntad.

La contemplación así entendida consiste en una simple intuición de las verdades divinas, producida por la virtud de la fe, llevada a su perfección por los dones de entendimiento, ciencia y sabiduría. Estos dones, denominados “dones intelectuales” porque son los que actúan sobre el entendimiento humano, son los que permiten que las verdades reveladas por Dios sean captadas a modo de una “intuición divina”, es decir, sin el proceso humano normal del razonamiento, con la iluminación perfecta que la virtud de la fe recibe de estos tres dones.

Por este motivo esta contemplación se llama “infusa”, dado que es inspirada directamente por el Espíritu Santo a la inteligencia del hombre, que se encuentra en ese momento en estado pasivo, sin que haya de por medio un proceso de razonamiento.

La luz de la contemplación, que de pronto muestra con total claridad, por ejemplo, el sentido profundo de una Palabra de Jesús de un Evangelio, actúa así como un “flash”, que en un momento dado “muestra” lo que Dios quiere dar a conocer en ese momento.

Quien vive este “flash” de la contemplación no razona, sino que simplemente “contempla” con una mirada espiritual, y todo resulta claro y diáfano, lo que ni aún el más insigne teólogo puede captar a partir de su razonamiento ayudado por la virtud de la fe, ya que encuentra los obstáculos propios de su naturaleza humana que impiden a la fe actuar en estado perfecto.

Lo que no puede evitar el que vive la contemplación es de tomar conciencia que lo que viene a su mente es algo externo, algo que no proviene de su razonamiento ni esperaba recibir. Es muy clara la certeza de que lo que “contempla” proviene directamente del Espíritu Santo.

Lo que hemos descrito nos lleva a una de las conclusiones más relevantes para la vida del cristiano: si bien la contemplación infusa es una experiencia que se va abriendo paso en los momentos de oración, no queda simplemente como un grado de oración más, sino que comienza a impregnar todos los momentos de la vida del santo.

Podríamos entonces decir que la oración constituye la “escuela” donde se va avanzando en la predisposición que ayuda a que se manifieste la experiencia de la contemplación infusa, pero luego los dones del Espíritu Santo obran sobre el entendimiento en cualquier circunstancia en que el hombre espiritual necesita de ellos y el Espíritu Santo acude en su auxilio.

Estamos ahora en condiciones de ver la diferencia con la acepción de “contemplación” que se utiliza comúnmente: se define con este nombre a un tipo de oración que corresponde al segundo grado de oración, la oración de meditación (Ver ‘La Vida Cristiana Plena, Tercera Parte, Capítulo III’). Por eso se lo denomina también “contemplación adquirida”, ya que es el resultado de la meditación de las verdades de Dios, a partir de la actividad intelectual del orante, auxiliada por la gracia a través de la virtud de la fe.

Así encontramos que entre la contemplación infusa y la meditación denominada comúnmente “contemplación” existe una diferencia de *naturaleza*. En la meditación está en manos del orante su ejercicio, mientras que la contemplación infusa no depende de nosotros sino que proviene de una inspiración especial mandada por el Espíritu Santo a través de la acción de sus dones.

La “contemplación adquirida” también recibe el nombre de “contemplación ignaciana”, porque constituye la base de los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Por lo tanto, los caracteres que comúnmente se asignan a la contemplación, que marcan una oración de meditación extensa, con diversas consideraciones, en un ambiente de silencio y recogimiento, no son los que definen la “contemplación infusa”, por lo que, como decíamos al principio, se producen muchas confusiones al respecto.

Como conclusión estamos ahora en condiciones de entender con mayor claridad que significa realmente la vida mística: es la etapa del crecimiento espiritual en la que el cristiano experimenta de un modo más o menos frecuente la acción de los dones del Espíritu Santo.

Los dones intelectuales (inteligencia, ciencia y sabiduría) actúan sobre su entendimiento llevándolo a la contemplación infusa, es decir, a captar de una sola mirada intuitiva el significado de los misterios de la vida cristiana.

Vida mística y contemplación pasan a ser parte integrante de la vida del santo, y no se refieren solamente a sus momentos de oración propiamente dichos. Es así que excluimos de nuestro concepto de vida mística todas las manifestaciones extraordinarias, que, si bien a veces se producen en forma conjunta con la experiencia mística, no la definen como tal.

Queda manifiesto así en forma clara, creemos, los errores en que el grueso de las personas incurre cuando habla de “experiencia mística” o de “contemplación”. Es una verdad de la doctrina cristiana que todo fiel que pone su disposición para avanzar en la vida espiritual llegará a la vida mística y a la experiencia contemplativa, porque forman parte del camino ordinario del desarrollo de la gracia santificante recibida en el Bautismo, pero en cambio será el Espíritu Santo que reservará para ciertas almas escogidas las manifestaciones extraordinarias.

La disponibilidad de la experiencia mística para todo cristiano, que fue la base de la teología mística clásica, hoy no se pone en duda, y está avalada por los principales teólogos. Sin embargo, existió un período en que no fue de esta manera. A principios del siglo XVII comenzaron a aparecer doctrinas que propugnaban la división del camino del crecimiento espiritual, considerado hasta entonces como una unidad, con continuidad entre la primera etapa, o fase *ascética*, en que se ponía el énfasis mayor en la purificación y la lucha contra el pecado, y la fase *mística*, con la aparición de la contemplación infusa y la acción de los dones del Espíritu Santo.

Estas nuevas doctrinas consideraban que existía una dualidad de vías en el crecimiento espiritual, la *vía ascética*, como camino normal y ordinario que todos deben recorrer, y la *vía mística*, que constituye un camino anormal y extraordinario por el que Dios puede llevar a algunos elegidos.

Se perdió así de vista la teología de los dones del Espíritu Santo, entrándose en una confusión que, en definitiva, lo que hizo fue afirmar en el consenso general que la experiencia mística era algo absolutamente extraordinario y excepcional, y que incluso era temerario buscarla para el cristiano común.

Fue recién a fines del siglo XIX y principios del XX que se produjo lo que se conoce como la *restauración* de la Teología Ascética y Mística tradicional, a partir de los trabajos de grandes teólogos como Juan Arintero, Reginald Garrigou-Lagrange, P. Gardeil, P. Lamballe, Adolphe Tanqueray, Jacques Maritain y Antonio Royo Marín, entre tantos.

Se retoma con fuerza a partir de estos grandes autores el concepto de que la experiencia mística, como acción de los dones del Espíritu Santo sobre las virtudes cristianas, y de la contemplación infusa producida por los dones intelectuales, forman parte del camino *habitual y ordinario* del crecimiento espiritual del cristiano en su avance hacia la santidad plena.

Como consecuencia de esto, se asume que este camino está al alcance de todo cristiano que persevere en él, y esté dispuesto a afrontar las exigencias del mismo.

En función de todo lo analizado observamos que la noción del santo, del “hombre nuevo” transformado por la gracia de Dios en una nueva criatura, sale de la dimensión un poco extravagante y tan alejada de las personas “comunes” en que se lo sitúa al ubicarlo en medio de las manifestaciones extraordinarias de la acción de Dios, las que inclusive producen aprensión y temor, y toma un aspecto mucho más cercano al cristiano común.

A pesar de esto, la transformación sobrenatural que constituye la esencia del cristianismo, produciendo una vida nueva y plena que cambia completamente el pensar y el sentir de la persona, no deja de ser algo asombroso y de una grandeza incomparable. Pero esto no nos debe hacer perder de vista que es el tipo de vida a la que está llamado cada cristiano, quien, si corresponde con su docilidad y cooperación a la acción de Dios, sin duda la alcanzará.

## ¿Es Posible Hoy La Vida Mística En El Laico Católico?

En estos albores del siglo XXI después de la Primera Venida de Cristo el fiel católico prácticamente ni se plantea la posibilidad de vivir una experiencia mística, ya que poco y nada conoce sobre la realidad de la misma, y es muy probable que sólo tenga algunas ideas dispersas y poco acordes a su verdadera esencia (Ver “La experiencia mística y la Contemplación infusa”).

Pero esto no solamente ocurre entre los fieles ordinarios, sino también muchos teólogos contemporáneos desechan la posibilidad de la vivencia de esta experiencia a nivel del creyente laico, al menos en la forma que la presenta la teología Ascética y Mística tradicional, con el trabajoso ascenso espiritual por las tres vías del crecimiento en la perfección cristiana.

De ahí se concluye que la Teología Mística quedó reducida a una enseñanza académica en algunas facultades y seminarios, y poco y nada tiene para decir a la gente moderna, inserta en un mundo que ha cambiado enormemente en todos los sentidos.

Pero también se sostiene en general que en el mundo de hoy existe hambre de la experiencia espiritual, en especial para enfrentar los difíciles problemas que plantea la existencia humana en una sociedad con cambios continuos. Y el paso primero que aparece es que hay una oferta muy grande de experiencias de tipo místico en las religiones orientales, con la subsiguiente tentación de realizar algún tipo de sincretismo con ellas en la experiencia cristiana.

Surgen entonces, aquí y allá, intenciones muy sanas de buscar re-escribir la ciencia del misticismo cristiano, para adaptarla a la nueva era en que vivimos, desechando de un plumazo la rica herencia acumulada en veinte siglos de marcha de la Iglesia.

También se suele subrayar que el cristiano de hoy está mucho más abierto y orientado hacia el “otro”, y que siente la necesidad de mantener relaciones con el mundo y sus problemas.

En base a esta afirmación se concluye que por consiguiente se ha producido una gran disminución en la importancia que se concede al aspecto contemplativo de la espiritualidad cristiana y en la separación del mundo como elementos necesarios para la santidad avanzada.

Es obvio que todos estos conceptos tienen un origen, y el mismo lo podemos localizar en la descripción del camino a recorrer y sus exigencias que plantea la Teología Mística tradicional.

Este recorrido, que comprende la etapa ascética propiamente dicha (también conocida como *vía purgativa* o edad espiritual de *los principiantes*), la etapa intermedia con el inicio de la contemplación infusa (o *vía iluminativa*, como edad espiritual de *los adelantados*) y finalmente, como culminación, la unión con Dios en sus diferentes grados progresivos, con la plenitud de la contemplación (*vía unitiva* o edad de *los perfectos* espirituales), plantea exigencias tan radicales en cuanto al tiempo necesario a dedicar y el desprendimiento de las cosas materiales, que hizo asumir que este proceso espiritual en forma completa sólo estaba al alcance de quien se apartaba del mundo y se consagraba a Dios, mediante el ingreso a la vida religiosa o sacerdotal, o algún equivalente a nivel seglar llevado a su extremo (terceras órdenes, por ejemplo).

De esta manera la espiritualidad cristiana fue tomando en la práctica dos caminos alternativos: por un lado la espiritualidad de los consagrados, en particular de aquellos que se apartaban totalmente del mundo recluyéndose en monasterios o ermitas, la que aspiraba llegar al máximo nivel de perfección con la unión transformante o matrimonio espiritual, cumbre de la experiencia mística contemplativa y estado de santidad completa.

En cambio, para los seglares, quedaba disponible una espiritualidad algo incompleta, donde la aspiración apuntaba a lograr una cierta perfección espiritual compatible con el estado de vida laical.

Hay muchos ejemplos de esta división entre espiritualidad de los consagrados y espiritualidad seglar o de los laicos; vamos a tomar el hermoso libro de San Francisco de Sales, escrito a principios del siglo XVII denominado “Introducción a la vida devota”.

En el Capítulo I el autor define lo que entiende por *devoción*:

*“La verdadera y viva devoción, ¡oh Filotea!, presupone amor de Dios, y antes no es otra cosa sino un verdadero amor divino; y no amor como quiera, porque en cuanto el amor divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, haciéndonos agradables a su divina Majestad; en cuanto nos da fuerzas de bien hacer, se llama caridad; mas cuando llega al grado de perfección, en el cual no solamente nos hace bien hacer, sino obrar cuidadosa, frecuente y prontamente, entonces se llama devoción.*

*En fin, la devoción no es otra cosa sino una agilidad y vivacidad espiritual por medio de la cual la caridad ejercita sus acciones en nosotros, y nosotros por ella obramos pronta y afionadamente.”*

Aquí está claro que la devoción se basa en el crecimiento de la caridad, que no es más que el crecimiento en santidad, tal como lo define acertadamente el Concilio Vaticano II (Lumen Gentium N° 40).

Pero, poco más adelante, ya en el capítulo III, el Santo establece una diferencia en el sentido de lo que denomina “devoción”:

*“No sólo es error, pero herejía, el querer desterrar la vida devota de la compañía de los soldados, de la tienda de los oficiales, de las cortes de los príncipes y de la familia de los casados. Es verdad, Filotea, que puramente la devoción contemplativa, monástica y religiosa no puede ejercerse en estos estados; mas también (fuera de estas tres suertes de devoción) hay muchas propias para perfeccionar los que viven en el estado seglar.”*

Vemos que se establece una clara distinción entre la “devoción contemplativa, monástica y religiosa” y las devociones “propias para perfeccionar los que viven en el estado seglar”.

Para que no haya dudas a lo que se refiere por “devoción contemplativa, monástica y religiosa”, añade un poco más adelante:

*“También se ha visto que muchos han perdido la perfección en la soledad, siendo ésta tan deseada para llegar a una vida perfecta; y la conservaron antes en medio de la multitud, pareciendo ésta tan poco favorable a la perfección.”*

Un rasgo característico de la “devoción contemplativa” es la soledad, el apartarse del mundo, el dejar de estar entre las multitudes, solamente accesible a los monjes, es decir, al estado religioso. Pero notemos también que San Francisco de Sales indica que la soledad en sí misma no es ninguna garantía de alcanzar la perfección.

Por otra parte, lo que comprende la devoción seglar queda claramente indicado a lo largo de la obra, en la que se desarrollan los siguientes temas, que sin duda forman el andamiaje de lo que el Santo entiende como espiritualidad seglar: La necesidad de la purificación del pecado y de la afición al mismo, apelando al examen de conciencia y al sacramento de la Confesión, así como a la Comunión frecuente. También enseña la necesidad de la oración, y un método para desarrollar la oración de meditación (segundo grado de la oración). Completan el desarrollo de la devoción para los laicos consejos para el ejercicio de las virtudes cristianas y como se hace para enfrentar las tentaciones más ordinarias.

Por supuesto, no hay duda que si la mayoría de los cristianos vivieran esta “vida devota” como la plantea San Francisco de Sales, no sólo en su época, sino aún más en la nuestra, el mundo sería totalmente diferente. Pero lo que nos interesa destacar es la distinción que se hacía, sin ninguna duda, entre espiritualidad religiosa y espiritualidad seglar.

Y no se puede decir que este gran Santo no conocía la profundidad que puede alcanzar la vida mística, ya que también es autor de un libro esencial en la Teología Mística, como es el “Tratado del amor de Dios”, pero acorde a la división práctica que su realidad no podía evitar, y justamente con el afán de que los laicos no se vieran privados de una vida espiritual crecida, es que escribió la “Introducción a la vida devota”.

Soledad, apartamiento del mundo, desprendimiento de los bienes materiales, disponibilidad de mucho tiempo para la oración. Todas estas características llevaron a definir que la vida mística, si bien estaba en el camino ordinario de la gracia y era accesible a todos, condicionaba la posibilidad práctica para llegar a ella, quedando circunscripta solamente a los que abrazaban la consagración religiosa.

Estos conceptos se han mantenido casi sin alteración hasta nuestros días. De esta manera vemos cuál es el panorama presente en el ámbito católico respecto a los laicos (y digamos que también se aplica a religiosos y sacerdotes que no pertenecen a órdenes específicamente contemplativas) en cuanto a que la experiencia mística ha quedado en la práctica casi totalmente excluida como alternativa posible de vivir.

Sin embargo, de pronto, al inicio de este siglo XXI nos encontramos con un contrasentido respecto a estas ideas si leemos lo que escribió el gran Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica “Novo millennio ineunte”. Allí en el N° 33 expresa lo siguiente:

*“¿No es acaso un “signo de los tiempos” el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta precisamente en una renovada necesidad de orar? También las otras religiones, ya presentes extensamente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen sus propias respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos enseñar a qué grado de interiorización nos puede llevar la relación con él.*

*La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo: “El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,21). Se trata de un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la “noche oscura”), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como “unión esponsal”. ¿Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús?*

*Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”.*

*Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración, están llamados de manera particular a la oración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que ellos la cultiven con generosa dedicación. **Pero se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida.** Especialmente ante tantos modos que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino “cristianos con riesgo”. En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. **Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta en alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral.**”*

Juan Pablo II reivindica en su Carta Apostólica del año 2001 el aporte que puede hacer la Teología Mística de la Iglesia para saciar la sed de la exigencia de espiritualidad que es un “signo de los tiempos” en nuestra época. Y habla concretamente de avanzar hasta el máximo grado de la contemplación, la “unión esponsal” o “matrimonio espiritual”, también llamada “unión transformante”, pasando por las difíciles purificaciones pasivas conocidas como “noches” de los sentidos y del espíritu. Aclara también que los consagrados, por la naturaleza de su estado, están más disponibles para la experiencia contemplativa, pero que de ninguna manera el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial.

Resulta obvio que el Papa exhorta a todos los fieles a que avancen sin temor hacia la experiencia mística, apoyados en la riqueza de la Iglesia, ejemplificada en santos como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. Frente a estas afirmaciones nos podemos preguntar: ¿de qué manera puede ser útil y relevante la Teología Mística clásica para el fiel católico que vive en esta época de la humanidad?

O también: ¿Existe la posibilidad de recorrer el camino de la perfección cristiana para hombres y mujeres que trabajan, que tiene familias, que no disponen de tiempo ilimitado para dedicar a la oración?

La respuesta que podemos dar a estas preguntas es afirmativa: **sí, es posible**, aunque todavía muy poca gente conoce esto.

Para fundamentar esta afirmación, vamos a considerar un primer elemento muy importante que ha sido descuidado por aquellos que afirman que la experiencia mística clásica ya no tiene sentido en nuestra época, y propugnan buscar nuevos caminos para actualizarla al mundo moderno, como si la vida espiritual del cristiano hubiera de pronto sufrido un cambio drástico y se basara en el presente en parámetros distintos de aquellos que tuvieron sentido a lo largo de tantos siglos.

Después del Concilio Vaticano II, finalizado en el año 1965, se produce en la Iglesia católica la irrupción de la denominada “experiencia del Espíritu Santo”, iniciándose en el año 1967 la Renovación Carismática Católica. También en el siglo XX aparecerán los conocidos como “Nuevos Movimientos” de la Iglesia, cada uno con sus características particulares.

Me referiré a la Renovación Carismática Católica, en la que he tomado parte a lo largo de más de 16 años. Su característica distintiva es la llamada “efusión del Espíritu”, que genera en el fiel una gran apertura a la acción del Espíritu Santo, produciendo una renovada búsqueda de una vida de oración y transformación interior (Ver “Renovar la Renovación Carismática, Capítulo 1”).

También la experiencia de la Renovación presenta el surgimiento de carismas extraordinarios, como la profecía, la oración en lenguas, la sanación física, la liberación de demonios, las visiones y locuciones y otros, que llevan a definirla como “carismática”. Estos fenómenos carismáticos se habían considerado prácticamente perimidos en la experiencia espiritual del católico común.

Esta irrupción particular de la gracia de Dios ya lleva más de 40 años en la Iglesia católica, aunque creemos que todavía no ha sido interpretada en su sentido más profundo, en cuanto al objetivo por el cual fue suscitada en esta época por el Espíritu Santo.

Si recurrimos a los manuales clásicos de la Teología Mística, encontraremos que estos fenómenos extraordinarios, conocidos como “gracias dadas gratis”, están ubicados en cuanto a su presencia en la experiencia de oración, en los últimos grados de la contemplación infusa.

Cuando observamos la división clásica de los grados de oración según “Las Moradas” de Santa Teresa, vemos que la mayoría de los teólogos ubican las manifestaciones carismáticas dentro de las *sextas moradas*, también denominadas *unión extática con Dios*, inmediatamente previas a la última y más completa expresión de la contemplación infusa, que es la *unión transformante* o *matrimonio espiritual*, donde aparece en toda su dimensión el santo, como ser humano completamente transformado en sus facultades humanas, inteligencia y voluntad, por la acción de las virtudes infusas llevadas a su perfección por los siete dones del Espíritu Santo.

Es el cristiano que ya no actúa siguiendo el curso de sus propios razonamientos, sino que lo hace al *modo divino*, guiado directamente por las mociones del Espíritu Santo que “capta” a través de los dones.

Sin embargo, el católico que vive la experiencia carismática está muy lejos, al menos en su principio, del grado de purificación interior, de la lucha contra el pecado y las tentaciones y del ejercicio de las virtudes cristianas al que llegan las personas que viven la unión con Dios que acabamos de comentar, previa al definitivo *matrimonio espiritual*.

Esto fue algo que rápidamente quedó esclarecido en los primeros años de la Renovación Carismática Católica, frente al entusiasmo de algunos que creían que por el hecho de haber vivido la “efusión del Espíritu” y haber recibido carismas extraordinarios, ya se encontraban en un grado de santidad elevado.

Como ejemplo de este discernimiento, tomaremos un librito del Dr. Philippe Madre, escrito en el año 1982, de título “El descanso en el Espíritu”, donde hace este interesante comentario:

*“Esta efusión del Espíritu Santo puede ya considerarse como una experiencia de orden místico, por lo menos en el estadio de los inicios de que acabamos de hablar más arriba. De ningún modo se trata, en nuestra manera de ver, de identificar la efusión del Espíritu Santo con un fenómeno de alta mística que introdujera al sujeto en un estado de santidad notoria. Por equivocación, esa idea ha circulado dentro de la Renovación,*



*asegurando que la experiencia de la efusión del Espíritu Santo abriría directamente la puerta a las cuartas moradas del castillo interior, de que habla Teresa de Ávila. Estas cuartas moradas representan de hecho un estado de unión a Dios netamente avanzado que de ninguna manera es otorgado por la efusión del Espíritu Santo, como si esta se opusiera a las etapas indispensables de maduración.”*

Por lo tanto, en base a todo lo expuesto anteriormente, ¿qué podemos concluir en relación al efecto que produce la “efusión en el Espíritu” en quien la experimenta?

Veamos que nos dicen al respecto algunos autores clásicos en la Renovación Carismática Católica.

Tomamos primero a un pionero en la Renovación latinoamericana como es el P. Salvador Carrillo Alday. En su libro “Renovación en el Espíritu Santo” nos explica lo siguiente:

*“La mayoría de los cristianos fuimos bautizados y tal vez confirmados en la niñez cuando todavía no adquiríamos el uso de la razón, y recibimos por primera vez la Eucaristía cuando éramos todavía muy pequeños.*

*En tales circunstancias, el “renuncio” y el “creo” de nuestro bautismo, y la aceptación del Don de Dios de nuestra Confirmación fueron a través de nuestros padres y padrinos; y nuestros “compromisos” cristianos fueron tomados por ellos en lugar nuestro. Por consiguiente, mi “sí” al Padre, a Jesús y al Espíritu Santo, puede ser renovado ahora que gozo de plena conciencia y de libertad personal. Puede brotar nuevamente de lo más hondo de mi corazón un “sí” consciente y comprometido a mi bautismo mesiánico, a mi Bautismo en el Espíritu. Esto es, que renueve en mí el “bautismo en el Espíritu Santo” con el que me bautizó al hacerme partícipe de su gracia salvífica a través de los sacramentos de mi iniciación cristiana.*

*A esta renovación del bautismo en el Espíritu Santo que Jesús hace en nosotros, -pues es él quien bautiza en el Espíritu: Jn. 1,33- es lo que en la Renovación Carismática se viene llamando “bautismo en el Espíritu Santo (o efusión en el Espíritu Santo).*

*Quien recibe esta gracia de renovación se mantiene en una doble actitud. **Actitud activa**, porque conscientemente desea y pide ser renovado en su bautismo mesiánico y voluntariamente dice a Cristo Jesús un “sí” personal y comprometido. **Actitud pasiva**, porque “es bautizado en el Espíritu Santo”, porque es Jesús quien derrama en él el Don prometido por el Padre, porque él repite, como la Virgen María en la encarnación, “**hágase en mí según tu palabra**” (Lc. 1,38).*

*La renovación del bautismo en el Espíritu Santo es, por lo tanto, una renovación profunda que Jesús hace de nuestro “ser cristiano”, en todas sus dimensiones y con todas sus consecuencias.”*

Tenemos que aquí se define claramente que el primer fruto importante de la “efusión en el Espíritu Santo” consiste en la renovación de la gracia bautismal o gracia santificante, que significa un nuevo y poderoso impulso para crecer en el “ser” cristiano.

El otro fruto trascendente que se recibe son los carismas extraordinarios:

*“Ahora bien, el Espíritu, alma de nuestro ser sobrenatural, nos comunica, además de la vida divina, “gracias, dones, carismas, funciones, actividades”, para poder cumplir nuestra misión de ser “tal miembro en el Cuerpo total de Cristo”. Estos dones espirituales gratuitos, que llamamos “**carismas**” no son directamente gracias en orden a la santificación personal, sino que son “**manifestaciones del Espíritu para el provecho común**” (1 Co. 12,7).*

*Los carismas no son, por tanto, sólo aptitudes o capacidades naturales, sino dones que el Espíritu Santo comunica o hace surgir en cada miembro del Cuerpo de Cristo para que cada uno sirva al cuerpo total”.*

También el P. Raniero Cantalamessa, en el libro “Renovarse en el Espíritu” explica el significado de la efusión en el Espíritu, con los mismos elementos ya vistos:

*“Veamos, pues, el sentido que tiene la efusión del Espíritu. Es una respuesta de Dios a la inactividad a que llegó la vida cristiana. Nos estamos dando cuenta cómo en estos últimos años la Iglesia, los obispos, han empezado a preocuparse de que los sacramentos cristianos, especialmente el Bautismo, se les administren a personas a las que después de nada les servirá en su vida.*

*Pero podríamos decir que Dios se preocupó, mucho antes que la Iglesia, por esta inactividad, y ha ido suscitando aquí y allá en la Iglesia movimientos que tienden a renovar en los adultos la iniciación cristiana. La*

*Renovación en el Espíritu (Renovación Carismática) es uno de dichos movimientos y en él, sin duda, la gracia principal está en relación con la efusión del Espíritu y lo que la precede. La eficacia que tiene para reactivar el Bautismo consiste en esto: que por fin el hombre pone lo suyo, es decir, realiza una opción de fe, preparada en el arrepentimiento, lo cual permite que la obra de Dios sea “liberada” y desencadene toda su fuerza. En el adulto, que lleva ya a sus espaldas una larga vida cristiana, esta elección de fe tiene necesariamente el carácter de una **conversión**; podríamos describir la efusión del Espíritu, en lo que corresponde a la parte del hombre, ya sea como una renovación del Bautismo, ya sea como una segunda conversión”.*

Aparece claramente en estas explicaciones que la “efusión en el Espíritu” produce dos efectos principales en quien la recibe: el surgimiento de *los carismas* como manifestaciones extraordinarias de la gracia de Dios, y un nuevo impulso para desarrollar la *gracia santificante* recibida en el Bautismo cristiano. Lamentablemente, en la R.C.C. se ha puesto en demasía el énfasis sobre la acción de los carismas y el hecho de su resurgimiento después de muchos siglos de estar olvidados, al menos en cuanto a su manifestación más o menos masiva entre los fieles, perdiéndose un poco de vista el segundo aspecto, el que se refiere a la renovación del impulso para desarrollar la gracia bautismal.

Lo que resulta indudable es que la gracia de la “efusión en el Espíritu” suscitada por Dios en esta época de la historia humana, posee un efecto fundamental: produce una *poderosa apertura a la acción del Espíritu Santo en quien la vive*.

Esta formidable disposición muestra una primera consecuencia visible, mostrando la aparición de carismas extraordinarios. ¿Por qué es así? La respuesta no puede ser más sencilla y la da la doctrina católica: la manifestación de los carismas no está dirigida a la propia santificación, al menos en forma directa, sino a la utilidad común y a la edificación de la Iglesia, y puede darse aún en sujetos que se encuentran en situación de pecado y hasta privados de la gracia santificante.

La enseñanza de Jesús en este sentido es muy clara. Vamos a leer el pasaje de Mateo 7,21-23:

*“No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial. Muchos me dirán aquel Día: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?’ Y entonces les declararé: ‘¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!’”*

Queda claro que los carismas por sí mismos no llevan al Reino de los Cielos, sino que pueden llevar al otro extremo. En cambio, “cumplir la voluntad del Padre” sí lo permitirá. ¿Cuál es la voluntad del Padre? Lo tenemos perfectamente aclarado en 1 Tesalonicenses 4,3:

*“Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación”*

La conclusión a la que llegamos entonces es la siguiente: el católico que en la Renovación Carismática vive la experiencia de la “efusión en el Espíritu” recibe a través de ella una nueva y mayor apertura a la acción del Espíritu Santo, que se manifiesta en una primera instancia en la posible aparición de manifestaciones diversas de algunos carismas extraordinarios.

Sin embargo, a pesar de esto, no se encuentra todavía en un grado de santidad elevada, sino que necesariamente debe recorrer un camino de purificación y conversión inevitable en la vida espiritual. Lo relevante es que el fiel posee ahora una apertura importante a la acción de la gracia, que si aporta su disposición y entusiasmo le permitirá avanzar de una manera nueva en el difícil y arduo camino de la propia santificación.

Lo que está claro entonces es que la “efusión” no elimina ningún paso en el crecimiento espiritual, pero dispone al creyente a encararlo con un impulso que no tenía. No se “queman” etapas del crecimiento, pero se puede avanzar de manera más rápida y segura.

Aquí nos encontramos con la encrucijada que todavía vive la Renovación Carismática Católica, tal como lo he desarrollado en ‘Renovar la Renovación Carismática, Capítulo 4’, que consiste en no haber encontrado el camino práctico para avanzar en el sentido de la conversión interior profunda, quedando sumergida más que todo en la vivencia y desarrollo de los carismas extraordinarios, creyendo equivocadamente que a través de los

mismos es posible la transformación interior, lo que evidentemente no puede ocurrir, ya que no es su función en la vida espiritual.

Los carismas son auxilios poderosos que el Espíritu Santo provee a los cristianos para ayudarlos en una primera instancia en su labor de evangelización, para proclamar el Evangelio en medio de señales y prodigios, como ocurrió en la primera época apostólica.

También tienen utilidad en la formación de la comunidad, en su desarrollo y crecimiento, por los ministerios que se derivan del ejercicio de los carismas (por ejemplo, profecía para guiar a la comunidad, oración por los enfermos, liberación de demonios, etc.).

Pero el camino para la transformación interior del cristiano, es decir, del cambio de su mente (inteligencia) y sentimientos (voluntad) sigue siendo único: está dado por el crecimiento del organismo sobrenatural constituido por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo que incorpora al alma la gracia santificante y que reside en forma permanente en el bautizado, mientras no la pierda por el pecado mortal.

Es precisamente en este contexto que se inserta la experiencia espiritual que sirve de base para el desarrollo de la “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual” que presentamos en esta Página Web. La misma nació en una Comunidad de Alianza de la R.C.C. en la Argentina, tal como se describe en ‘Quienes somos, nacimiento y desarrollo’

Su fundamento se encuentra en una metodología que permite aprovechar la poderosa apertura a la acción del Espíritu Santo que produce la experiencia de la “efusión en el Espíritu” tal como se vive en la R.C.C., insertándola en el camino tradicional del crecimiento espiritual de la Teología Ascética y Mística.

Este tipo de trabajo es presentado en “Quienes somos, Metodología y programa que se desarrolla”

A lo largo de más de 12 años hemos ido desarrollando este nuevo esquema de crecimiento espiritual profundo, que lleva a la oración de contemplación infusa y a la apertura de la acción de los siete dones del Espíritu Santo, accesible a hombres y mujeres comunes que dispongan de un tiempo mínimo para concurrir a un grupo de oración semanalmente y a algunos retiros por año, y que tomen realmente en serio el proceso de su crecimiento espiritual.

Lo que podemos afirmar después de este tiempo, con una experiencia que está en marcha y que todavía tiene mucho por avanzar y descubrir, es que, sin duda, el fiel católico de hoy posee a su alcance un camino de crecimiento espiritual realmente insospechado hasta ahora, en donde está en condiciones de desarrollar sin limitaciones su transformación interior, avanzando por el “antiguo” camino de la Teología Ascética y Mística, con el impulso de la “nueva” experiencia de la “efusión en el Espíritu”.

También podemos sostener sin temor de equivocarnos, ya que no se trata de una elaboración teórica sino de una experiencia concreta vivida por cientos de personas, que no es necesario buscar el diálogo del cristianismo con otras religiones en el mundo para redescubrir o readaptar la experiencia mística a nuestra época.

Esta experiencia es la misma ayer, hoy y siempre, ya que no puede desecharse en la espiritualidad “moderna” ninguno de los elementos de la misma que posee el tesoro de la Iglesia.

El gran teólogo Karl Rahner, en su libro “Experiencia del Espíritu”, escrito en 1978, plantea unas reflexiones sobre “los elementos de espiritualidad en la Iglesia del futuro”. Allí, entre otras cosas, el autor sostiene:

*“El **primer** dato que hemos de señalar que es de suyo obvio para un cristiano católico es que la espiritualidad futura, a pesar de todos los cambios destinados a verificarse, poseerá y conservará siempre una identidad, aunque misteriosa, con la antigua espiritualidad pasada de la Iglesia. La espiritualidad del futuro, por consiguiente será una espiritualidad que tenga como punto de referencia al Dios vivo, que se ha revelado en la historia de la humanidad y que se ha colocado con su realidad más propia –como fundamento básico, como dinamismo íntimo y como objetivo último- en el centro más interior del mundo y de la humanidad creada por él.*

*Esta espiritualidad del futuro atenderá también siempre –en sentido positivo y negativo- al pasado de la Iglesia para aprender de él. Por esto mismo, por un lado estará siempre abierta, no sólo al pasado, sino también a los*

*nuevos comienzos pentecostales, no ya establecidos **a priori** ni reglamentados desde arriba por obra de la jerarquía, sino que brotan carismáticamente en donde quiere el Espíritu; aunque estas iniciativas carismáticas manifiestan que son, en el discernimiento de los espíritus, verdadera obra del Espíritu solamente en donde –a pesar de estar suscitadas aparentemente por una esperanza aventurada y casi autodestructiva- se sitúan humildemente dentro de la Iglesia institucional, sin haber establecido **a priori** y en forma legalista principios que impidan la sumisión a esta Iglesia de las instituciones.*

*Por eso mismo la espiritualidad del futuro seguirá profundizando, con amor y simpatía, en los documentos de la piedad de otros tiempos, ya que esta historia pasada es también historia suya. Por consiguiente, no se mostrará nunca desinteresada ante la historia de los santos, de la liturgia, de la mística, como si se tratara de un pasado irrelevante de suyo.*

*La espiritualidad del futuro conservará la historia de la piedad de la iglesia y estará en disposición de descubrir continuamente que lo que es aparentemente antiguo y ya pasado puede dar entrada a un verdadero futuro de nuestro presente.”*

¡Qué palabras tan inspiradas las de este insigne teólogo católico contemporáneo! Realmente las hacemos nuestras en todo sentido, ya que la experiencia que buscamos transmitir puede definirse exactamente con sus palabras: *“La espiritualidad del futuro conservará la historia de la piedad de la iglesia y estará en disposición de descubrir continuamente que lo que es aparentemente antiguo y ya pasado puede dar entrada a un verdadero futuro de nuestro presente”*.

En nuestro días asistimos entre asombrados y agradecidos como el Espíritu Santo ha tomado la iniciativa “carismáticamente”, para poner al alcance del fiel católico ordinario la posibilidad de hacer suya la enorme riqueza espiritual de la Iglesia, acumulada en tantos siglos de desarrollo doctrinal y experiencia práctica de los grandes místicos que han poblado el firmamento católico.

Esta es la obra que creemos que nos ha sido encomendada por el Señor: dar a conocer y ayudar a otros, sin importar donde se encuentren, para que puedan avanzar por este camino suscitado por el Espíritu de Dios como regalo al cristiano de nuestra época, de modo que lleguen aun más lejos de donde hemos podido hacerlo hasta ahora.

De esta manera daremos cumplimiento al anhelo del recordado Papa Juan Pablo II, quien en la Carta Apostólica “Novo millenio ineunte”, en el pasaje que hemos recordado antes, nos exhorta con estas palabras:

*“Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas **“escuelas de oración”**, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el **“arrebato del corazón”**”.*

Esperamos encontrar a quienes se interesen por esto, y sientan el deseo suscitado por el Espíritu, de comenzar a recorrer este derrotero a fin de realizar su propia experiencia, para ir más allá de lo que han llegado en su experiencia espiritual.

## Ser Santo en el Siglo XXI

En este trabajo nos vamos a plantear el objetivo de explorar un tema que ha quedado un poco olvidado, o, al menos, que ha sido dejado de lado en este siglo XXI que comienza, y que es la *santidad cristiana*, en cuanto a la posibilidad y la forma en que un cristiano puede llegar a ser santo en esta época.

Para ello vamos a realizar un recorrido ordenado, en el cual avanzaremos a través de temas puntuales que nos irán llevando a la respuesta que buscamos.

Veremos así en primer lugar el concepto de *santidad* en forma pormenorizada; luego pasaremos a analizar el camino por el cual se llega a la santidad, para desembocar en la respuesta a la cuestión principal que nos planteamos: ¿Cómo se puede ser santo en el Siglo XXI? Y más aun, esta respuesta la queremos buscar en forma específica para el fiel laico, es decir, plantearnos de qué manera un laico puede llegar a la santidad en el mundo de hoy.

Veamos el primer punto, que implica tener lo más claro posible el concepto de *santidad*, lo que nos permitirá a su vez definir qué es un *santo*. En la Sección de esta Página Web [La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo 5](#), se desarrolla en detalle el concepto de santidad y otros temas relacionados con la misma, por lo que recomendamos su lectura para una mejor interpretación de este artículo.

Tomando aquí los principales conceptos, podemos decir que Dios es el *santo* por excelencia, y que su santidad lo diferencia de todo lo creado en cuanto a pureza y perfección.

Esta santidad de Dios, por pura benevolencia, ha deseado compartirla con su máxima creación, el ser humano, originando así la santidad de los hombres, que no es más que una participación en la santidad de Dios dada como don a sus criaturas.

Si queremos ahora obtener una definición precisa y moderna de lo que significa la santidad en el hombre, recurrimos a lo que nos define al respecto el Concilio Vaticano II, en la Constitución “Lumen Gentium” N° 40: *“El divino Maestro y modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida de la que Él es iniciador y consumidor: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt. 5,48).”*

Ye en este texto del Concilio, a partir de la Palabra del Evangelio citada, se equipara la *santidad* con la *perfección cristiana*.

A continuación el mismo N° 40 define con más precisión en qué consiste la santidad:

*“Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo.”*

La *santidad*, que vuelve aquí a equipararse a la *perfección*, es definida con dos parámetros: ***plenitud de la vida cristiana y perfección de la caridad***.

La *plenitud de la vida cristiana* nos indica la vivencia plena de la vida de la gracia recibida de Dios como don a los hombres, perdida por el pecado original y recuperada mediante la Salvación o Redención de Jesucristo.

También este tema lo encontramos ampliamente desarrollado en [La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte Capítulo II](#) y en el [Capítulo IV](#).

Los conceptos fundamentales que nos interesan son los siguientes: la gracia santificante nos perdona los pecados, nos hace hijos adoptivos del Padre, trae la presencia real y efectiva a nuestra alma de la Santísima Trinidad, ya que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pasan a inhabitar en ella, y, por último, incorpora a nuestro ser natural un nuevo organismo sobrenatural, con novedosas capacidades de las que carecemos al venir al mundo, ya que somos *des-graciados* como consecuencia de la herida del pecado original.

La vida cristiana, como vida nueva y sobrenatural, la vamos viviendo y experimentando en sus efectos a medida que ahondamos nuestra relación con esa Trinidad Santa que permanece en nuestra alma, para lo cual

contamos con ese nuevo organismo sobrenatural que nos injertó en el alma el bautismo cristiano, compuesto por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

La apertura del cristiano a la acción de estas nuevas capacidades va llevándolo hacia una *unión* cada vez mayor con ese Dios Trino que inhabita en su alma, deificándolo y haciéndole vivir una vida cada vez más semejante a la de su Creador.

En esto consiste, en definitiva, la *plenitud de la vida cristiana* que utilizamos como definición de la santidad.

Es una vida en la que el cristiano se encuentra cada vez más abierto y dispuesto a recibir las mociones del Espíritu Santo a través de sus siete dones, que van impulsando su obrar a partir de estas “intuiciones divinas” que reemplazan poco a poco el modo natural de obrar mediante el razonamiento de su inteligencia.

El Concilio Vaticano II también define a la santidad como la *perfección de la caridad*. Es esta una manera de decir lo mismo que implica la expresión *plenitud de la vida cristiana*, haciendo hincapié en la principal virtud teologal infusa, que es *la caridad*.

La doctrina católica nos enseña que la perfección cristiana o santidad consiste especialmente en la perfección de la caridad, ya que la misma es el elemento principal y característico de la vida cristiana.

La caridad o amor de Dios, como virtud teologal infusa, se ejercita de dos maneras distintas, según lo explica admirablemente San Francisco de Sales en el “Tratado del Amor de Dios” (Libro 6, Capítulo 1):

*“Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios: uno **afectivo** y otro **efectivo**, o activo; por el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a Él le place; por el segundo servimos a Dios y hacemos lo que Él ordena. Aquel nos une a la bondad de Dios; éste nos hace cumplir sus voluntades. El uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros, de ardores espirituales y nos hace practicar las sagradas infusiones y amalgamas de nuestro espíritu con el de Dios; el otro derrama en nosotros la sólida resolución, la firmeza de ánimo y la inquebrantable obediencia, necesaria para poner en práctica las disposiciones de la voluntad divina, y para sufrir, aceptar, aprobar y abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito. Ahora bien, el primer ejercicio consiste principalmente en la oración.”*

La caridad afectiva es el acto propio de la virtud de la caridad (también llamado *acto elícito* de la misma), y consiste en la verdadera experiencia del amor de Dios producida en el alma por ella, perfeccionada por la acción del don de sabiduría.

Por esta excelsa virtud amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y a nosotros y al prójimo en ese amor a Dios. La caridad reside en la voluntad humana, sede de los sentimientos del hombre, y el acto propio de esta virtud consiste en salir de sí misma para reposar en Dios, para abismarse en la divinidad.

Es decir, la caridad produce un doble movimiento en la voluntad humana: en primer lugar se derrama en ella, haciéndole conocer la experiencia profunda del amor divino, tal como es precisado por San Pablo: “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rom. 5,5).

Luego de haber colmado los corazones (voluntad) con el amor de Dios, ese amor sale hacia el exterior, amando a Dios en sí mismo, y a través de ese amor también amando a los demás y a la propia persona.

Este es el fruto más importante de la experiencia profunda de la oración cristiana, tal como lo afirma San Francisco de Sales.

Pero también la caridad tiene un ejercicio *efectivo*, que consiste en que esta virtud dirige o *impera* los actos de las demás virtudes cristianas. Es decir, mueve toda la vida del cristiano y penetra en su interior impulsando sus actos, aún los más mínimos y comunes, los cuales son realizados por las virtudes activas.

Por ejemplo, la caridad hacia el prójimo impulsa a ser justo con él (virtud de la justicia), a ser humilde (virtud de la templanza) o a ser magnánimo (virtud de la fortaleza).

De esta manera queda claro que la vida cristiana plena consiste en la perfección de la virtud de la caridad en sí misma (caridad afectiva), y en la perfección de las demás virtudes infusas, impulsadas e imperadas por la caridad. Por lo tanto, ambas definiciones de la santidad dadas por el Concilio Vaticano II en “Lumen Gentium” son equivalentes, ya que la plenitud de la vida cristiana implica la perfección de la caridad, obrando en sí misma y sobre el resto de las virtudes, impulsándolas a la perfección en sus actos propios.

En base a todo lo visto sobre la santidad cristiana, nos va ahora a resultar muy sencillo definir qué es un santo: podemos decir que *santo* es el cristiano que ha desarrollado la vida de la gracia de Dios recibida en el bautismo hasta alcanzar la plenitud de la vida cristiana, lo que implica vivir la caridad o amor de Dios en forma perfecta.

En esto, ni más ni menos, consiste en ser santo, ayer, hoy y siempre, es decir, a lo largo de toda la historia del hombre iniciada por la Redención de Jesucristo, a lo largo del período que conocemos como el del Nuevo Testamento, que todavía estamos viviendo.

Por supuesto no estamos tomando en cuenta aquí el período primero de la creación del hombre, durante su vida en el paraíso, conocido como el período de la santidad original, que tuvo su término con el pecado original.

Vamos a abordar ahora el concepto de santidad en forma dinámica, viendo cuál es el camino que el hombre va recorriendo para ser santo, y cuáles son los auxilios con los que cuenta para hacerlo. Ya vimos que el crecimiento en santidad del cristiano implica el crecimiento en la gracia santificante recibida como don de Dios. El primer concepto que debemos tener claro es que así como Dios toma la iniciativa para regalar a su criatura la posibilidad de participar en su propia vida divina a través del don de la gracia santificante, también sigue luego colaborando con ella para que ese regalo, recibido como una semilla o germen, pueda crecer y dar frutos abundantes.

Lo único que pide Dios al cristiano es que participe libremente de la obra de su santificación, *aceptando* lo que Dios pone a su disposición y *utilizándolo* según corresponda, y así la misma llegará a feliz término.

Este proceso lo impulsa Dios proveyendo *medios sobrenaturales* a modo de auxilios, que obran sobre el fiel tanto en forma *externa* como *interna*.

El medio directo *externo* más importante para producir un aumento de la gracia santificante, y por ende, de la acción del organismo sobrenatural constituido por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, son los *sacramentos*.

En cambio, se denomina *medio interno* directo para el crecimiento en perfección la acción de las denominadas *gracias actuales*. Estas gracias disponen y mueven a las virtudes y los dones del Espíritu Santo que residen en el alma del bautizado con el carácter de *hábitos permanentes*, llevándolos a producir los actos propios de los mismos.

Queda claro que por ser las virtudes y los dones una infusión sobrenatural de Dios en el alma, solamente pueden ser puestos en movimiento por la acción misma de Dios, y no por las capacidades propias del hombre (inteligencia y voluntad).

Es así que todo acto de una cualquiera de las virtudes infusas, o toda actuación de alguno de los dones del Espíritu Santo presupone una previa gracia actual. Las virtudes cristianas no crecen por sí mismas, ya que su crecimiento depende que ejecuten los actos propios cada vez con mayor facilidad, prontitud e intensidad, lo que es producido por gracias actuales cada vez más intensas.

Todo esto constituye la doctrina del crecimiento por el *mérito cristiano*. La acción sobrenatural de una virtud infusa constituye un *acto meritorio* ante Dios, que da derecho a recibir un aumento de la gracia (ver La Vida Cristiana Plena, Tercera Parte, Capítulo III ). Así contemplamos en toda su dimensión la maravilla del don de Dios: Él nos otorga sin mérito alguno por parte nuestra la gracia santificante introduciéndonos en la vida cristiana con una *ayuda externa*, el sacramento del Bautismo (o su equivalente no sacramental del bautismo de sangre o del bautismo de deseo, tanto explícito como implícito – ver La Vida Cristiana Plena, Tercera Parte, Capítulo II ).

Luego, para que esa participación en la vida divina que hemos recibido en el alma como una semilla pueda crecer, nos provee de abundantes gracias actuales que hacen obrar las virtudes infusas que nos han sido dadas, lo que constituye un acto meritorio y otorga un nuevo aumento de la gracia, y así siguiendo hasta llegar a la santidad plena, en la medida que el hombre corresponda con su esfuerzo libre, consistente sobre todo en su docilidad y perseverancia.

Esta acción de Dios es precisamente la que San Agustín expresa con su famosa frase: **“Dame lo que me pides, y pídemelo lo que quieras”**. Nunca Dios nos pedirá nada sin que previamente nos haya otorgado la capacidad de hacerlo.

Veamos ahora la clasificación de la gracia actual. Existen muchas divisiones de ella, aunque todas se pueden resumir en la que define que la misma puede ser *operante* o *cooperante*.

Una gracia actual es *operante* cuando el movimiento se atribuye solo a Dios, mientras que el alma solo es movida, sin un propósito previo; en cambio se denomina *cooperante* cuando el alma conscientemente apela a la acción de la gracia actual, y una vez recibida la segunda con su propia cooperación.

Esta división de la gracia actual es fundamental en el desarrollo que hace la Teología Ascética y Mística sobre el crecimiento de la gracia santificante o habitual, que equivale al camino de la perfección cristiana o santidad. El accionar de las virtudes infusas es impulsado de dos maneras diferentes (ver La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo IV): al *modo humano*, en el cual el fiel busca obrar según el motor de su propio razonamiento y voluntad humanas, lo que es producido por *gracias cooperantes*, buscadas y aprovechadas, y al *modo divino*, por el cual las virtudes infusas obran movidas directamente por mociones del Espíritu Santo que pertenecen a las *gracias actuales operantes*, captadas por los siete dones del Espíritu, al estilo de “intuiciones divinas” que dejan de lado completamente el proceso discursivo natural de la inteligencia del hombre. Como ya se explicó abundantemente en otros lados, nos encontramos aquí en el *estado místico* (Ver La Experiencia Mística y la Contemplación Infusa)

Tenemos así descrito el *medio interno* por el cual Dios nos auxilia para crecer en la gracia santificante a partir del crecimiento de las virtudes infusas, que llegará a su máxima expresión cuando sea Dios mismo que las gobierne a través de los dones del Espíritu Santo.

Obviamente también influyen para el crecimiento los *medios externos* constituidos por los *sacramentos* adicionales a los propios de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación), que producen la gracia necesaria según los estados de vida (Matrimonio, Orden Sagrado) o las situaciones por las que se atraviesa (Reconciliación, Unción de los enfermos), con el culmen en el sacramento de la Eucaristía, pan de vida que es el principal alimento para fortalecer la gracia habitual.

Existe además un tercer medio directo para el aumento de la gracia santificante, que es *la oración del cristiano*. La oración no introduce un nuevo medio, sino que su ejercicio permite al cristiano recibir las necesarias y cada vez más intensas gracias actuales, tanto cooperantes como operantes, para que se desarrollen las virtudes infusas y entren en operación los siete dones.

¿Cómo produce esto la oración? Lo hace porque posee dos valores fundamentales: el *valor meritorio* y el *valor impetratorio*. Veamos un poco en qué consisten estos valores.

La práctica de la oración es un acto de la virtud infusa de la Religión, que deriva de la virtud cardinal de la Justicia, y que es impulsada normalmente por la caridad o amor a Dios.

Por lo tanto cumple con las condiciones del *mérito*, para recibir un aumento de la gracia santificante, lo que se relaciona con *la justicia* infinita de Dios.

La oración también posee lo que se denomina *valor impetratorio*, que tiene relación con la infinita *misericordia* de Dios. El Padre, en su amor por nosotros, está dispuesto a regalarnos, sin mérito alguno por nuestra parte, aún siendo grandes pecadores, las gracias actuales que necesitamos para crecer en la vida cristiana, con sólo que las pidamos fervientemente en oración, por supuesto desde la humildad, el arrepentimiento y la confianza en el Padre celestial.

Nos quedan así delineadas las posibilidades directas que nos regala Dios para nuestro crecimiento en santidad: el auxilio externo de los sacramentos, y el interno de las gracias actuales operantes y cooperantes, que pueden tanto *merecerse* a través de las obras sobrenaturales de las virtudes infusas, o *suplicarse* a Dios a partir de la oración, apelando a su misericordia.



Examinado de esta manera el aspecto teórico o doctrinal del proceso de crecimiento de la perfección cristiana o santidad, debemos encarar ahora su aplicación práctica en el camino espiritual del cristiano que busca avanzar hacia ella.

La división que hemos visto de la gracia actual en cooperante y operante, y la acción de los sacramentos, nos plantea ya de entrada una separación clara en las posibilidades existentes para recorrer ese camino de crecimiento en santidad: será muy distinto si se realiza *perteneciendo a la Iglesia*, o estando *fuera de ella*.

Definimos *pertenecer a la Iglesia* cuando nos hemos incorporado formalmente a ella, bajo el modo usual de la recepción del bautismo sacramental. Esta pertenencia provee la posibilidad de gozar en su totalidad de los auxilios divinos mencionados precedentemente, ya que, por un lado, se está en condiciones de obtener todos los sacramentos necesarios según el estado de vida elegido, y, por otra parte, no sólo se reciben las *gracias operantes* que Dios, en su libertad, puede otorgar en mayor o menor medida a cada uno, sino que se puede acceder a todas las *gracias cooperantes* que son el resultado de una acción guiada en el ejercicio de la vida cristiana por maestros espirituales, directores, formadores, catequistas, y todos los agentes pastorales que posee la estructura de la Iglesia, de modo que el fiel va desarrollando las acciones que están a su alcance y que ha aprendido, para la práctica de las virtudes cristianas y la predisposición para recibir la contemplación infusa, es decir, la acción de los dones intelectivos del Espíritu Santo.

Esta riqueza es la que contiene el enorme depósito doctrinal y práctico en la Iglesia católica en cuanto a la Teología Ascética y Mística.

En cambio, para aquellos que no pertenecen explícitamente a la Iglesia, pero que forman parte de lo que se denominan “hombres de buena voluntad”, y que han recibido de manera misteriosa la gracia a través del bautismo de deseo implícito, su única posibilidad de crecimiento de ese don recibido por la misericordia de Dios, que desea que todos se salven, es a partir de *gracias actuales operantes*, ya que no tienen posibilidad de acceder ni a los sacramentos ni a una formación que les enseñe a recorrer el camino del crecimiento espiritual, que ignoran.

Constituyen estas personas el grupo de “no cristianos” que menciona la Constitución “Lumen Gentium” en el N° 16:

*“Ni el mismo Dios está lejos de otros que buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido, puesto que todos reciben de Él la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Hech. 17,25-28), y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tim. 2,4). Pues quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, **bajo el influjo de la gracia**, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, **no sin la gracia de Dios**. Cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida.”*

Por lo tanto queda claro que Dios da, fuera de la Iglesia (a los llamados “infieles inocentes”) las gracias necesarias para que obtengan la salvación eterna. Lo que se evidencia, en estos casos, es la enorme dificultad que existe para avanzar por un camino de crecimiento en santidad sin el auxilio de la Iglesia.

Es por este motivo que el artículo citado antes de la “Lumen Gentium” termina expresando:

*“Pero con mucha frecuencia los hombres, engañados por el Maligno, se envilecieron con sus fantasías y trocaron la verdad de Dios en mentira, sirviendo a la criatura más bien que al Creador (cf. Rom. 1,21 y 25), o, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, se exponen a la desesperación extrema. Por lo cual la Iglesia, acordándose del mandato del Señor, que dijo: **Predicad el Evangelio a toda criatura** (Mc. 16,15), procura con gran solicitud fomentar las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de todos éstos.”*

El mandato de evangelizar que dio Jesús a la Iglesia tiene un profundo sentido, ya que es la manera en que los hombres se incorporen a la misma, pudiendo así recibir todos los auxilios necesarios, no sólo para alcanzar la salvación eterna, sino para llegar a una santidad elevada en la tierra, lo que les brindará un mayor caudal de gloria en la eternidad (ver La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo VI).

Hay, sin embargo, un punto importante a destacar: desde el punto de vista teórico la pertenencia a la Iglesia se produce al recibir el bautismo sacramental. Pero esto sólo no basta, ya que para que la gracia injertada en el alma dé frutos, se necesita la cooperación del hombre, con su esfuerzo y dedicación para utilizar los medios que pone a su disposición la Iglesia.

Lamentablemente son muchos los bautizados que en la práctica llevan una vida muy alejada de la Iglesia, perdiendo la posibilidad de esa ayuda, y reduciéndose poco a poco a la misma condición de aquellos que se encuentran fuera de ella.

Vemos así que en la práctica, para recorrer el camino de la perfección cristiana, es muy distinta la situación de pertenencia efectiva a la Iglesia, o el estar apartado o fuera de ella.

Otro punto de vista que nos va a permitir explorar las alternativas prácticas del camino hacia la santidad lo podemos encontrar examinando de qué manera los santos reconocidos por la Iglesia han llegado a serlo.

Un muy buen material de trabajo en este sentido lo encontramos si nos ponemos a analizar el conjunto de las beatificaciones y canonizaciones que realizó la Iglesia bajo el pontificado del recordado Papa Juan Pablo II, minuciosamente documentadas en la información de la sede pontificia.

Tendremos también puntos de referencia más cercanos a nuestra época, ya que, como veremos, la mayoría de estos santos son modernos, ya que pertenecen a los dos últimos siglos.

La información oficial, tal como la podemos encontrar por ejemplo en [www.vatican.va](http://www.vatican.va) no da cuenta que durante el período de Juan Pablo II como Pontífice fueron canonizados 482 santos, a los que podemos agrupar de la siguiente manera, indicando sus correspondientes porcentajes sobre el total:

Consagrados (sacerdotes, religiosas, fundadores de órdenes):	82	(17,1 %)
Santos mártires:	393	(81,5 %)
Laicos / Reyes y reinas	7	(1,4 %)

Total: 482 santos

Observamos que hay una amplia superioridad en los santos mártires (más de 8 cada 10 santos canonizados), contra un 17,1 % de consagrados que no sufrieron el martirio. Los laicos representan un porcentaje irrelevante.

Si en lugar de tomar la totalidad de los nuevos santos, analizamos solamente los que murieron a lo largo de los siglos 19 y 20, veremos que aumenta aún más la proporción de los mártires:

Últimos dos siglos:

Consagrados:	59	(13,5 %)
Mártires:	375	(86,0 %)
Laicos:	2	(0,5 %)

De este análisis brota una conclusión muy clara: la forma “moderna” de alcanzar la santidad es el martirio, con un porcentaje abrumador de casos (casi 9 de cada 10 santos llegan por esta vía).

En el otro extremo observamos que los laicos que se santifican fuera del martirio constituyen casi la absoluta excepción (1 de cada 200 santos).

Con la evidencia que nos aportan estas cifras bien reales, vamos a considerar entonces de qué manera práctica se lograría la santidad en nuestra época. En lo primero en que debemos centrar nuestra atención es en el *martirio*. No es una novedad constatar que estamos viviendo una época en la historia del cristianismo en que el martirio de los cristianos vuelve a estar en un primerísimo plano en muchas regiones del planeta.

Es totalmente lícito así que nos preguntemos: ¿Tenemos que pensar que vivimos una época en que el martirio de los cristianos alcanza niveles comparables con los peores de su historia?

Creemos que no es así, sino que lo que sucede es que *ha disminuido* mucho la proporción de los consagrados que alcanzan una santidad avanzada, y ni que hablar en este sentido de los fieles laicos.

De esta manera aparece que la proporción de mártires es muy grande, no solamente debido a situaciones de persecución, sino también al escaso número de santos que surjan por vías distintas al martirio.

Ya volveremos sobre este aspecto, pero, a los fines de este estudio, vamos a centrarnos en el enfoque del martirio, preguntándonos: ¿de qué forma lleva el martirio a la santidad?

Para dar una respuesta teológica a este interrogante, utilizaremos el desarrollo doctrinal sobre el crecimiento de la gracia santificante visto anteriormente, con precisiones adicionales sobre el sentido cristiano del martirio.

Una definición que podemos tomar como clásica la dio el Papa Benedicto XIV en su Tratado “Sobre la Beatificación de los Siervos de Dios y sobre la Canonización de los Beatos”:

*“El martirio es el voluntario sufrimiento o tolerancia de la muerte, por la fe en Cristo o por otro acto de virtud referido a Dios.”*

Hay una serie de elementos que hacen que el sufrimiento del fiel cristiano se pueda considerar martirio. En primer lugar, se debe producir *la muerte*. No definen el martirio las persecuciones, torturas, cárceles, exilio y otro tipo de sufrimientos físicos y morales, sino la muerte violenta y provocada.

Aparece así otro elemento, que es *el causante de la muerte*, un perseguidor externo, que puede ser tanto una persona individual o algún tipo de institución. Sin la intervención de un enemigo no se da el martirio.

Otra condición esencial es que en las causantes de la muerte del mártir exista el odio a la fe cristiana, o de verdades o virtudes de la misma, como por ejemplo la virginidad.

Por parte del que sufre el martirio debe existir una *aceptación voluntaria, consciente y libre* de la muerte por amor a la fe o a Jesucristo, rechazando toda posibilidad que se ofrezca para evitarla abandonando la fe.

De hecho, la aceptación de la muerte no significa que el mártir no trate en forma legítima de evitarla. El poner a salvo la propia vida es un deber, excepto en el caso de los pastores de almas cuando su presencia sea necesaria para sostener a los fieles en la prueba.

Caracterizado así el martirio en sus rasgos esenciales, que lo diferencian totalmente de un suicidio o de asesinatos y ejecuciones realizadas por motivos políticos, ideológicos o raciales, que, por más nobles que puedan ser no se encuentran relacionados con la fe cristiana, vamos a ver cuál es la esencia santificadora del mismo.

Vamos a tomar un texto del Concilio Vaticano II, de “Lumen Gentium” N° 42:

*“Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos (Cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.”*

En este pasaje encontramos dos elementos fundamentales en relación al martirio: el es, en sí mismo, la suprema prueba de amor que puede realizar un ser humano, ya que ofrece por Dios el máximo bien que posee, que es la propia vida.

El otro aspecto es también importante: el martirio es un *don de Dios*, una gracia que concede a muy pocos; es un llamado especial a personas elegidas para recorrer este camino para que alcancen la santidad plena y, a su vez, sean testimonio para el mundo de su fe.

Ya vimos que la santidad puede definirse como la *perfección de la caridad*. ¿Por qué el martirio perfecciona esta virtud teologal? Para entender esto debemos explicar de qué manera se produce el crecimiento de la caridad, así como el de todas las virtudes infusas.

Las virtudes, como hábitos, no son entidades *cuantitativas*, sino *cualitativas*. Algo cuantitativo crece por simple adición; por ejemplo, si tengo un kilo de harina, y le agrego 500 gramos más, tendré un crecimiento en la cantidad de harina disponible. En cambio, algo cualitativo, como un color o un perfume, crece por una

manifestación *más intensa* del mismo. Un ejemplo clásico de valor cualitativo es el de la temperatura: un termómetro sólo subirá algún grado en la temperatura que marca si la misma aumenta más de la que había. Es decir, si un termómetro marca 30 grados, aunque se lo mantenga por mucho tiempo a esa temperatura, su marca no seguirá subiendo. Sólo llegará, por ejemplo, a 35 grados, con un calor más intenso que lo haga subir.

De la misma manera la caridad (o cualquier otra virtud infusa) aumentará no por cualquier acto propio de ella, impulsado por una gracia actual, sino por algún acto más intenso del que se haya realizado con anterioridad. Precisamente el martirio constituye un acto de la caridad intensísimo, el máximo que se puede realizar; por este motivo la muerte del mártir eleva hasta un grado de enorme perfección la caridad del cristiano, lo que equivale, por lo que ya vimos, a un grado eminente de santidad.

Podríamos decir entonces que el martirio es un llamado especialísimo de Dios para algunos cristianos elegidos, que les permite en un supremo acto de amor a Dios alcanzar la perfección de la caridad. También observamos que un cristiano puede realizar a lo largo de su vida muchos actos de amor, pero los mismos no son definitivos, ya que podrá efectuar otros más adelante, mientras siga con vida. Sin embargo, el acto de amor martirial es un acto de amor definitivo, que lleva directamente a la santidad.

Resulta así que este camino de santificación depende enteramente de la voluntad de Dios y de una elección especial, por lo que no está al alcance de cualquier fiel, ni está en sus manos la elección del mismo.

Analizado así el camino hacia la santidad que ofrece el martirio, veamos el otro camino que nos indicó el estudio sobre los nuevos santos de los últimos dos siglos, que sí está al alcance de quien lo desee seguir.

El mismo vimos que fue recorrido en su casi totalidad por personas *consagradas a Dios*: sacerdotes, religiosos y religiosas, fundadores de órdenes, cuya característica esencial consiste en su pertenencia real y efectiva a la Iglesia, utilizando los medios de crecimiento de la perfección cristiana que la misma pone a su disposición, ya sea los sacramentos como el pleno aprovechamiento de las gracias actuales que reciben, tanto operantes como cooperantes.

Esto último se logra a partir de una formación profunda en la doctrina cristiana y en la práctica de la oración, guiados por maestros, directores y pastores, con una pertenencia clara a una *comunidad* de fieles, con las mismas aspiraciones y objetivos en cuanto al crecimiento espiritual.

Se ve claro que pasan a ser casos muy excepcionales, dependientes de la libérrima voluntad de Dios para derramar abundantes gracias operantes, aquellos que no tienen las alternativas disponibles de los consagrados, es decir, aquellos que denominamos en la Iglesia *laicos*, y, por ende, de todos aquellos “hombres de buena voluntad” que no pertenecen formalmente a ella.

Esta situación es descrita con mucha claridad por el gran teólogo Garrigou-Lagrange, en su obra “El Salvador y su amor por nosotros”, que en la Segunda Parte, Capítulo XVIII expresa:

*“En primer lugar, aun en el caso de que se admita que la vida mística sea el pleno desarrollo normal de la vida de la gracia, esta cumbre, aunque normal, sigue siendo sin más ni más una cumbre. Y, a consecuencia de la negligencia, de la pereza espiritual, de la falta de generosidad en la prueba y de docilidad al Espíritu Santo, esta cumbre muy raramente es alcanzada ya en la Iglesia Católica, aun en las órdenes religiosas, aunque en ellas se reciban tantas luces sobrenaturales, tantos ejemplos, tantas gracias, en particular por los sacramentos, sobre todo por la comunión cotidiana. ¡Con cuánto mayor razón es difícil llegar hasta ella si uno se encuentra privado de estas múltiples ayudas!”*

Ya hemos desarrollado en esta misma Sección, en ¿Es posible hoy la vida mística en el laico católico?, el hecho de que históricamente en la Iglesia se ha hecho una distinción práctica en cuanto a las posibilidades de crecimiento en la vida espiritual entre los consagrados, por una parte, y los laicos o seglares por la otra.

Esto ha ocurrido porque las condiciones que se requerían para avanzar hacia una santidad elevada (apartamiento del mundo, desprendimiento de los bienes materiales, celibato, soledad, dedicación de tiempo considerable a la oración, etc.) estaban más allá de las posibilidades del fiel laico, con una vida enmarcada por ocupaciones laborales, sociales, familiares, políticas, y otras relaciones con el mundo.

Pero el Mismo Espíritu Santo ha venido en esta época en auxilio de su Iglesia y sus fieles, suscitando en los últimos decenios una cantidad de nuevos movimientos, los que poseen en común su preocupación y acciones para renovar en los adultos su iniciación cristiana, es decir, la gracia santificante recibida en el bautismo. Esta gracia se derrama sobre la Iglesia entera, consagrados y laicos, aunque es claro que estos últimos son los más necesitados de ella.

También en ¿Es posible hoy la vida mística en el laico católico? analizamos la posibilidad de la experiencia mística hoy, que es la que conduce a la plenitud de la vida cristiana mediante la *contemplación infusa*, es decir, de la actuación de los dones del Espíritu Santo para guiar al cristiano en un obrar al *modo divino*.

Vamos a ver ahora, en la práctica, como sería el camino de un laico que quiera abordar realmente su crecimiento en santidad, utilizando los auxilios que existen en la Iglesia.

En una primera instancia encontramos que la mejor posibilidad la tiene incorporándose en alguno de los nuevos movimientos de la Iglesia Católica. En ellos el laico va a encontrar una novedad propia de esta época, que consiste en su inserción en un grupo, o círculo, o comunidad, o como quiera llamárselo, formado por un cierto número de hermanos en la fe, que tiene la aspiración común de crecer en su vida espiritual y de oración.

En estos grupos encontramos líderes o servidores, en su mayoría laicos, aunque también cuentan en ciertos casos con el apoyo de sacerdotes o religiosas, los cuales desarrollan distintos ministerios dirigidos al crecimiento en la vida cristiana: maestros, formadores, predicadores, pastores, guías espirituales y otros.

Por lo tanto el cristiano que se inserte en alguno de estos grupos comunitarios, generalmente funcionando en ámbitos parroquiales, tendrá oportunidad de comenzar a recorrer un camino más o menos organizado y sistemático, en cuanto a crecer en su formación doctrinal y en la práctica, no sólo de la oración, sino de otros aspectos de la vida cristiana, como ser la vivencia más clara y fervorosa de los sacramentos, la ejercitación del perdón, la vivencia del amor fraterno, y muchos más.

Será en este camino que el fiel avanzará hacia la vivencia de un momento fundamental en su vida de fe que lo marcará para todo lo que siga: la experiencia personal de Dios y de su Espíritu, también conocida como el “encuentro personal con Jesucristo resucitado”.

Estos dos elementos, a saber, la experiencia personal de Dios y la pertenencia a un ámbito eclesial comunitario, son desarrollados por el teólogo Kart Rahner en su trabajo “Elementos de espiritualidad en la Iglesia del futuro”, de donde extractamos estos importantes conceptos:

*“La espiritualidad del futuro no estará ya sostenida socialmente (o lo estará mucho menos) por un ambiente cristiano homogéneo; por consiguiente, tendrá que vivir de un modo mucho más claro de cómo lo ha hecho hasta ahora en virtud de una experiencia personal y directa de Dios y su Espíritu.*

*Hoy la fe cristiana –lo mismo que la espiritualidad- se reviven continuamente en primera persona: en la dimensión de un mundo secularizado, en la dimensión del ateísmo, en la esfera de una racionalidad técnica que declara “a priori” que todos los principios que no pueden dar razón de sí mismos frente a esta racionalidad no tienen sentido.*

*En esta situación la responsabilidad personal del individuo en su decisión de fe es necesaria y se requiere de una manera mucho más radical que en el pasado. Por eso forma parte de la espiritualidad actual del cristiano el coraje de decidir personalmente en contra de la opinión pública, aquel coraje singular que es análogo al de los mártires del siglo I del cristianismo, el coraje de una decisión de fe en el Espíritu que saca la fuerza de sí misma y que no necesita de apoyos en el consenso público, sobre todo si tenemos en cuenta que la Iglesia misma hoy, públicamente, más que sostener la decisión de fe del individuo, es sostenida por ella. **Este coraje singular puede subsistir sin embargo sólo cuando se vive de una experiencia totalmente personal de Dios y de su Espíritu. Ya se ha dicho que el cristiano del futuro o será un místico o no será nada.** Si se entiende por mística no unos fenómenos extraños parapsicológicos, sino una auténtica experiencia de Dios, que brota del centro de la existencia, entonces esa afirmación es exacta y resultará todavía más clara en su verdad y en su relevancia en la espiritualidad del futuro...*

*Hemos de mencionar una cuarta característica de la espiritualidad del futuro, que se sitúa en una singular unidad dialéctica con la tercera que acabamos de comentar, la experiencia personal de Dios. Nos referimos a*

la **comunidad fraterna** en la que sea posible tener la misma experiencia básica del Espíritu, la **comunidad fraterna** en el Espíritu como elemento peculiar y esencial de la espiritualidad del mañana.

Si hay una experiencia del Espíritu hecha en común, considerada comúnmente como tal, deseada y vivida, es claramente la experiencia del primer Pentecostés de la Iglesia, un acontecimiento que –como hay que presumir– no consistió ciertamente en la reunión casual de un conjunto de místicos individualistas, sino en la experiencia del Espíritu hecha por una comunidad. Esta “experiencia colectiva” no quiere ni puede sustraer ni ahorrar al cristiano en particular la responsabilidad de una decisión radical de fe, tomada en la soledad y a partir de la experiencia de Dios, ya que la persona particular y la comunidad no son entidades que puedan sumarse una con otra ni sustituirse entre sí.

Pero con esto no puede afirmarse que sea imposible “a priori” concebir una experiencia del Espíritu dentro de una pequeña comunidad en cuanto tal, aunque al menos los sacerdotes ya mayores raras veces, y quizás nunca, hayamos intentado experimentarla, y mucho menos nos hayamos afanado demasiado en llegar a ello.

¿Por qué no va a ser posible algo semejante? ¿Por qué otras personas más jóvenes entre los cristianos y el clero no deberían en el futuro encontrar con mayor facilidad acceso a esta experiencia del Espíritu realizada en común? ¿Por qué no debería formar parte de la espiritualidad del futuro el hecho de que entre los cristianos surjan fenómenos como una reunión, formas de comunicación auténticamente humanas en ámbitos propiamente humanos y no sólo en aspectos técnicos y exteriores, fenómenos de dinámica de grupo, etcétera, que estén determinados, elevados y santificados por una común experiencia del Espíritu, dando vida por consiguiente a verdaderas comuniones fraternales en el Espíritu Santo?

Yo creo que en una espiritualidad del futuro puede desempeñar un papel más determinante el elemento de la **comunidad espiritual fraterna**, de una espiritualidad vivida juntamente, y que hay que seguir adelante por este camino lentamente, pero con decisión.”

Es sumamente claro Karl Rahner en estos puntos, que forman la base de la experiencia de Dios hoy: un encuentro personal con Jesucristo, en un ámbito eclesial comunitario, guiado por hermanos en la fe con mayor experiencia y conocimiento.

Esta es la realidad que hoy se vive en la Iglesia católica a partir de la concurrencia en alguno de los nuevos movimientos del Espíritu, de los cuales la Renovación Carismática Católica es el más extendido y con mayor número de participantes.

Pero, si bien es cierto que hay un gran avance, en especial para los fieles laicos, en cuanto a una nueva formación cristiana del adulto, y en la experiencia de oración, tanto personal como comunitaria, todavía no se ha llegado en general a penetrar en la profundidad de la experiencia espiritual o experiencia mística, en cuanto a lo que ésta realmente implica, tal como lo hemos desarrollado en [La experiencia mística y la Contemplación infusa](#).

Si volvemos al artículo de Karl Rahner que hemos citado anteriormente, encontramos que allí también se plantea otro dato a tomar en cuenta para la espiritualidad de la Iglesia del futuro:

“El primer dato que hemos de señalar, que es de suyo obvio para un cristiano católico es que la espiritualidad futura, a pesar de todos los cambios destinados a verificarse, poseerá y conservará siempre una identidad, aunque misteriosa, con la antigua espiritualidad pasada de la Iglesia.

Esta espiritualidad del futuro atenderá también siempre –en sentido positivo y negativo– al pasado de la Iglesia para aprender de él.

Por eso mismo la espiritualidad del futuro seguirá profundizando, con amor y simpatía, en los documentos de la piedad de otros tiempos, ya que esta historia pasada es también historia suya. Por consiguiente, no se mostrará nunca desinteresada ante la historia de los santos, de la liturgia, de la mística, como si se tratara de un pasado irrelevante de suyo.”

Creemos que precisamente en la formación y la dinámica pastoral de los nuevos movimientos está faltando unir esta “nueva” experiencia del Espíritu Santo que está floreciendo en la Iglesia actual con la “antigua” espiritualidad pasada de la Iglesia.

Este es el aporte que intenta ofrecer nuestra “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual” a toda la Iglesia, y que se busca mostrar en esta Página Web, con todas las limitaciones que aparecen a la hora de querer describir

y explicar lo que representa precisamente una “experiencia”, que solamente se capta en su realidad cuando se la vive (ver su mayor descripción en: ¿Es posible hoy la vida mística en el laico católico?)

Estamos convencidos que el nuestro puede ser un aporte muy importante para el cristiano de hoy, especialmente para los laicos, que, habiendo experimentado su encuentro personal con Jesucristo, y recibiendo a partir del mismo un nuevo impulso en su vida espiritual y de oración, estén buscando ir todavía “más allá” de donde han llegado hasta ahora.

Que el Espíritu Santo ilumine las mentes y mueva los corazones, si ese es su propósito, para que allí donde haya algún fiel interesado en vivir la experiencia que por pura gracia se nos ha concedido desarrollar, suscite los medios necesarios para compartirla y para seguir avanzando en este nuevo camino que aparece hoy en nuestra querida Iglesia católica.

# La Sanación Integral Del Hombre Por La Gracia de Jesucristo

## La misión de Jesús.

Para un cristiano hay un concepto fundamental que debe tener muy claro, por lo que implica para su vida de fe: ¿Cuál es la misión de Jesucristo?

También esta pregunta la podemos formular así: ¿Para qué el Hijo de Dios se hizo hombre asumiendo en la encarnación la naturaleza humana?

La respuesta es clara y sencilla: *El Hijo de Dios se hizo hombre para obtener la redención del género humano, es decir, para salvarlo de la miseria del pecado.*

El pecado, por su esencia, es un *apartamiento de Dios*, ignorándolo o rechazándolo, y es una *conversión a la criatura*, o sea, un apego a todo lo humano y lo material.

Por lo tanto, el efecto de la Redención de Jesucristo, lleva a los hombres a su *apartamiento de las cosas creadas*, para que ellas no sean la base y las seguridades de la vida, y a una *conversión a Dios*, una búsqueda de la relación con el Creador.

De esta manera la Redención implica una liberación del señorío del pecado en la vida de las personas, y de la influencia de Satanás como el tentador por excelencia. Se puede profundizar este tema leyendo La Vida Cristiana Plena, Primera Parte, Capítulo IV.

Es muy interesante como el mismo Jesús definió su misión entre los hombres, aplicándose a sí mismo una profecía de Isaías:

*“Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga, y se levantó para hacer la lectura. Le presentaron el libro del Profeta Isaías y, abriéndolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:*

*El Espíritu del Señor está sobre mí,  
porque me ha consagrado por la unción.  
El me envió a llevar la Buena Noticia a los Pobres,  
a anunciar la liberación a los cautivos  
y la vista a los ciegos,  
a dar la libertad a los oprimidos  
y proclamar un año de gracia del Señor.*

*Jesús cerró el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: <<hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír>>” (Lc. 4,16-21).*

Aquí Jesús anuncia su misión en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su vida pública, luego de haber superado las tentaciones de Satanás en el desierto. El Señor se aplica a sí mismo las palabras de Isaías 61,1-2.

Según Lucas, la misión de Jesús consiste en:

- \* Anunciar la Buena Nueva a los pobres.
- \* Proclamar la liberación de los cautivos.
- \* Poner en libertad a los oprimidos.
- \* Anunciar la vista a los ciegos.
- \* Proclamar un año de gracia del Señor.

Isaías pone en lugar de *dar la vista a los ciegos*, otra acción: *vendar los corazones rotos*. Es más que obvio que Jesús se refiere a temas espirituales, porque Él no fue a sacar presos de las cárceles, o a poner en libertad quienes estaban oprimidos por la fuerza, ni a sanar como un médico a los ciegos. Jesús está manifestando que su misión básica es *liberar a los hombres de la cautividad o esclavitud del pecado*, y eso lo va a efectivizar **sanando integralmente a las personas:**

- \* Dará luz al entendimiento que está ciego por el pecado original.
- \* Sanará la voluntad (corazón) de las heridas del pecado.



¿Por qué el hombre necesita ser sanado? Porque el pecado original ha dejado heridas abiertas que enferman a la persona: enferman *su cuerpo*, llevándolo al dolor y al sufrimiento, para finalmente desembocar en la muerte, y enferman sus facultades humanas, la inteligencia y la voluntad, sumergiéndolo en la oscuridad de error y en el sometimiento a sus pasiones, su concupiscencia y la acción de Satanás.

Sabemos que la Redención de Jesucristo trae al hombre el *don de la gracia*, que se conoce como *gracia elevante*, porque eleva a quien la recibe al orden sobrenatural, y también *gracia sanante o medicinal*, dado que sana integralmente al ser humano.

La gracia producirá la sanación definitiva del *cuerpo*, librándolo de la enfermedad y la muerte, ya que por la acción de la misma el cristiano es salvado, y luego de su vida terrenal, llegando su alma al cielo, recibirá finalmente el día del Juicio Final un cuerpo resucitado, con el que vivirá eternamente en la gloria del cielo.

También la gracia sana *las facultades superiores del ser humano*, aquellas que tiene en común con los ángeles, que consisten en la *inteligencia* y la *voluntad*, que han quedado enfermas, contagiadas por el desorden que fue consecuencia del pecado original.

Es precisamente la sanación de estas facultades del hombre la obra más maravillosa de la gracia, que produce en el cristiano una verdadera transformación sobrenatural de las mismas, que es lo que implica el paso del “hombre viejo o carnal”, como lo denomina San Pablo, al “hombre nuevo o espiritual”, ya durante la vida en este mundo.

En las últimas décadas se ha dado mucha importancia a la sanación interior que produce la acción del Espíritu Santo (por apropiación se adjudica al Espíritu Santo la obra santificadora de la gracia en el hombre). Esto se ha notado muy especialmente dentro de la Renovación Carismática Católica, donde hay abundante material al respecto.

Sin embargo, en casi la mayoría de los casos, esta sanación, cuyo medio eficaz para obtenerla es la oración, se refiere a la sanación de los recuerdos y a las heridas internas producidas a lo largo de nuestra historia de vida desde el momento de la concepción.

Todo esto, sin duda, tiene mucha validez e importancia, pero no ataca de lleno la sanación de nuestras dos facultades superiores, la inteligencia y la voluntad, con su debilidad enfermiza causada por el pecado original, con la que venimos al mundo, a la que se agregan luego los efectos de los pecados personales en el transcurso de la vida.

Por eso vamos a tratar ahora de clarificar un poco más este tema de tanta importancia en la vida espiritual del cristiano. Lo haremos en dos pasos sucesivos, primero viendo en qué consiste la enfermedad de cada una de las potencias del alma, y luego describiendo como obra la gracia en la sanación de las mismas.

### **La enfermedad de las potencias del alma.**

La enfermedad del pecado original ha atacado la inteligencia y la voluntad humanas, que quedan vulneradas y entonces caen en el pecado. Sobre el funcionamiento de estas facultades y sus características se puede ver [La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo III](#). Veamos ahora en detalle los síntomas claros de la terrible enfermedad que afecta al alma:

**1) La inteligencia:** desde el pecado original sufre la herida de la *ignorancia*. Esto significa que en lugar de dirigir su mirada en forma espontánea y natural hacia las verdades divinas, lo hace con gran dificultad.

Su tendencia es detenerse en las cosas de la tierra, sin buscar la causa suprema de todas ellas, que es Dios. Vemos que hay muchísimos hombres que dedican todo su esfuerzo intelectual en áreas como la ciencia, la literatura o el arte, y son considerados cultos y sabios, aunque prácticamente carecen de los conocimientos más elementales en materia de religión y en las cosas de Dios.

Es cierto que el entendimiento humano conserva la capacidad de conocer la verdad, y con un paciente esfuerzo, sin el auxilio de la Revelación, puede llegar al conocimiento de ciertas verdades fundamentales en el orden natural, como la existencia de Dios, autor de la ley moral natural.

Pero son muy pocos los hombres que pueden llegar a este resultado, empleando mucho tiempo y esfuerzo, y nunca estarán libres de todo error.

Esta *ignorancia* de las cosas divinas es fomentada por distintos defectos de la inteligencia enferma y disminuida por el pecado original y por los pecados propios, como veremos en lo que sigue:

**a) La curiosidad:** es una tendencia o deseo inmoderado de adquirir toda clase de conocimientos sobre las cosas terrenales, en especial de aquellas cosas que sirven para procurar goces a los sentidos y fomentar las pasiones. Muchas personas pierden gran parte del tiempo de su vida almacenando conocimientos inútiles o poco útiles, que no contribuyen en nada a su vida espiritual. Son como coleccionistas, que amontonan conocimientos sin mutua conexión, algo así como están las palabras en un diccionario.

Esta acumulación de conocimientos ahoga el espíritu y lo aleja del conocimiento de los primeros principios para el hombre, que incluyen la existencia de Dios y su voluntad salvífica a través de Jesucristo.

También se encuadra en este tema la afición, a veces desmedida, que tanto fomenta el mundo de hoy, de leer temas triviales solo como pasatiempo, o de mirar todo tipo de espectáculos y cosas fuera de lo común por televisión, o de dedicar horas y horas a toda una variedad de juegos electrónicos.

De la misma manera la curiosidad malsana se manifiesta cuando se investiga las vidas de otras personas, o se escucha cuando hablan de ellas, dando así origen a las murmuraciones y las críticas.

Este aspecto de la curiosidad tan desviada se ha extendido en estos últimos años, gracias a la televisión, a todos los personajes más o menos famosos, sobre quienes se comentan, en programas “especializados”, hasta los pormenores más íntimos, y, si escabrosos, tanto mejor.

Un extremo de esta curiosidad enfermiza son los actuales “reality shows”, donde las cámaras escudriñan cada detalle de la convivencia entre grupos de personas encerradas en una casa o en una isla desierta.

Un género de curiosidad mucho peor es el de querer conocer por medios esotéricos las cosas ocultas o desconocidas o que ocurrirán en el futuro, por medio de la magia, la adivinación, el espiritismo y toda la enorme variedad de ciencias ocultas que ofrece el mundo. Es precisamente a partir de este tipo de curiosidad desviada que tanta gente cae en las garras de Satanás, a quien sirven fielmente, aún sin saberlo, los que cultivan todas estas “ciencias” del ocultismo.

En definitiva, la curiosidad malsana, defecto claro de la inteligencia humana herida por el pecado original, mantiene alejado al hombre del conocimiento superior de las verdades de Dios, y, en definitiva, del conocimiento del sentido último de su propia existencia.

**b) La soberbia del entendimiento:** esta soberbia produce una confianza desmedida en el propio juicio, que provoca que no se consulte a los demás, que no se acepte la crítica ni las observaciones, y que no se examinen ninguna de las razones que contradicen nuestra manera de pensar.

Esta soberbia produce una gran obstinación en el propio parecer, condenando toda opinión que no esté conforme con la nuestra. Es, en definitiva, el hecho de creerse siempre el dueño de la verdad. Esto lleva a grandes faltas de caridad en las discusiones y a una terquedad en los juicios propios que deshecha todo lo que no se ajuste a la propia manera de ser.

**c) La ceguera del espíritu:** Este defecto es lo más opuesto que se puede encontrar a la *contemplación infusa* de las verdades de Dios. La ceguera espiritual lleva a que el pecador ponga su corazón en bs bienes materiales y transitorios y se olvide de los eternos.

Santo Tomás, en la “Suma Teológica”, II,II, q. 15, es muy claro:

*“Ahora bien, los vicios carnales, es decir, la gula y la lujuria, consisten en los placeres del tacto, o sea, el de la comida y el del deleite carnal, los más vehementes de los placeres corporales. De ahí que por estos vicios se decida el hombre con resolución en favor de lo corporal, y, en consecuencia, quede debilitada su operación en el plano intelectual. Este fenómeno se da más en la lujuria que en la gula, por ser más fuerte el placer venéreo que el del alimento. De ahí que de la lujuria se origine la ceguera de la mente, que excluye casi de manera total el conocimiento de los bienes espirituales”*

Es notable como la inteligencia debilitada del hombre puede llevarlo a una ceguera casi completa respecto de las cosas espirituales, tan absorbida se encuentra la mente por todo lo que tiene referencia con el desorden de los sentidos.

**d) Los pensamientos inútiles:** muchas veces la inteligencia pierde gran cantidad de tiempo en los *pensamientos inútiles*, que surgen en general alimentados por una imaginación sumergida en todas las cosas frívolas y sin importancia del mundo, o de aquellas que son ilícitas y pecaminosas. Esta es una de las acciones más temibles en el mundo de hoy de Satanás, para mantener las mentes de los hombres alejadas de los pensamientos dirigidos hacia Dios y las cosas divinas.

La televisión, el cine, las computadoras, los juegos electrónicos que hasta están en los teléfonos, las revistas de “actualidad”, los programas de radio sólo llenos de frivolidad y las conversaciones con personas que solamente giran sobre las cosas triviales del mundo, generan pensamientos inútiles, y los llamados “castillos en el aire”, que fabrica la imaginación y en los que nosotros somos los protagonistas y los héroes.

No hay nada que ataque más la vida de oración que este tipo de pensamientos. Por naturaleza, el entendimiento no puede ocuparse de dos pensamientos distintos por lo cual la gran mayoría de las distracciones que se experimentan en la oración provienen de haber perdido anteriormente el tiempo en pensamientos inútiles.

Es claro que el espíritu no puede pasar bruscamente de una cierta situación a otra completamente distinta, ya que necesita un tiempo para adaptarse a una nueva ocupación. Por esta razón, cuando la mente del hombre vuela continuamente hacia Dios y sus cosas, es tan fácil sumergirse con rapidez en un verdadero clima de oración.

**e) La precipitación en el juzgar:** otro gran defecto del entendimiento es la precipitación en sacar juicios, y el obrar en consecuencia por la voluntad, lo que genera la *imprudencia*. Debe haber antes de obrar una reflexión previa profunda, haciendo memoria de lo pasado para no repetir errores, un análisis completo y exhaustivo de las distintas alternativas, y una búsqueda de consejo y orientación de personas experimentadas. Obrar con pocos elementos de juicio y con precipitación lleva a basarse en juicios falsos o con errores, que nunca guiarán a la verdad.

Todos estos defectos del entendimiento llevan en definitiva a la *ignorancia de las cosas divinas*, lo que produce errores en los juicios, que se basan solamente en el atractivo de las cosas del mundo, y presentan como bienes a la voluntad cosas que no son convenientes, que cuando se apartan del orden moral constituyen el pecado.

Si no existiera la *ignorancia*, que lleva al error intelectual, no existiría el pecado. Por eso en el cielo los santos son *impecables*, no puede existir el pecado, porque la inteligencia es iluminada directamente por Dios para conocer todas las verdades divinas, y no hay entonces posibilidad de error.

**2) La voluntad:** la voluntad o *apetito racional* es la facultad que tiende siempre al bien conocido por la inteligencia. La voluntad es la potencia suprema en el hombre, la que gobierna a las demás facultades, ordenándoles que se apliquen al ejercicio de sus actos propios; por ejemplo, ordena a la inteligencia que se aplique al conocimiento de tal o cual verdad hacia la cual la voluntad tiende por su acto específico, que es el *amor*.

Cuando la voluntad es buena, es decir recta y fuerte, el hombre es bueno, es un “hombre de buena voluntad.” Pero, la voluntad también está enferma, como consecuencia del pecado original y de los pecados personales. El principal defecto de la voluntad es el *egoísmo o amor propio*, que es un amor por sí mismo desordenado, que deja de lado *amar a Dios y al prójimo*.

Como consecuencia del pecado original la voluntad se encuentra sometida a la *triple concupiscencia*, (Leer 1 Jn. 2,16), que impulsa fuertemente al egoísmo, buscando solamente lo que es placentero para uno mismo, y que desemboca en los llamados *siete pecados capitales*, origen de todos los pecados en el hombre.

Por la *concupiscencia de la carne* se busca desordenadamente los placeres del cuerpo, y de allí nacen los pecados capitales de la *lujuria, la gula y la pereza*.

Por la *concupiscencia de los ojos* se desean las cosas exteriores como las riquezas, el lujo, el esplendor de vida, originando el pecado capital de la *avaricia*, como búsqueda insaciable para atesorar riquezas y bienes.

Por la *soberbia de la vida* se busca desordenadamente la propia excelencia y superioridad sobre los demás, originándose la *vanagloria* por lo que se posee, la *envidia* por lo que poseen los demás, y la *ira* cuando no se puede obtener lo que se quisiera; todos son pecados capitales.

Así, por el egoísmo o amor propio, la voluntad se inclina a lo que son *bienes aparentes*, porque sólo son bienes para uno mismo y para esta vida, y el desorden en esta búsqueda produce pecados graves contra el prójimo y contra Dios.

Otros defectos de la voluntad son *la indecisión y el titubeo, la falta de energía y de convicciones, el temor al fracaso, la falta de confianza, la prevención por las opiniones de los demás* y otras parecidas. En su conjunto el efecto que producen es que la voluntad no actúa muchas veces según el conocimiento recto que recibe del entendimiento, y entonces, pese a que la inteligencia ha informado lo que es mejor para hacer, la voluntad no puede cumplir con eso.

Otra cosa que hay que tener en cuenta que la voluntad actúa sobre el entendimiento, mandándole investigar y conocer sobre lo que a ella le atrae. Si el objeto que produce el amor de la voluntad es algo inconveniente o ilícito, ella forzará al entendimiento a buscar los medios para llegar a su fin. Es, por ejemplo, toda la reflexión y planes que hace un ladrón para robar algo, empujado por una voluntad enfermiza que desea un bien que no tiene pero del que quiere apoderarse sin importarle los medios.

También las potencias auxiliares del entendimiento, que son *la imaginación y la memoria* están afectadas por el pecado original.

La *imaginación o fantasía* es una facultad importantísima, ya que el entendimiento solo puede conocer a través de imágenes, como reflejo de lo que perciben los sentidos. Por eso Jesús utilizaba tanto en su enseñanza las *parábolas* y las comparaciones con escenas e imágenes de la vida natural, porque es una manera segura de que queden registradas en la imaginación y sean entendidas y recordadas.

Pero la imaginación, herida y afectada por el pecado original, obedece con mucha dificultad al entendimiento, y se desboca y exalta con referencia a las atracciones de los sentidos y pasiones, a las que reviste y colorea de encantos y atractivos especiales. La imaginación se alimenta con todas las búsquedas que hace el entendimiento, por lo que las cosas frívolas, inútiles o pecaminosas que se investigan por curiosidad penetran y quedan como imágenes, que se amplían y perfeccionan, y que bombardean constantemente a la inteligencia, generando ideas, conceptos y juicios basados en ellas, que arrastrarán a la voluntad hacia esas cosas no espirituales. Ya vimos con respecto a la curiosidad y los pensamientos inútiles que el bombardeo que se hace a la imaginación en los tiempos actuales, desde la más pequeña niñez, por todos los medios de comunicación, es el peor enemigo espiritual y lo que enferma más gravemente a las facultades del hombre.

Nos ha tocado vivir en una época en la que, a partir de un planeta invadido por las imágenes de todo tipo, estamos asistiendo a una acción de Satanás, el amo de este mundo, como nunca jamás logró desarrollar antes en la historia de la humanidad. El diablo reina doquier, porque ha encontrado la llave maestra para sumergir la imaginación del hombre en todo tipo de escenas (pornográficas, morbosas, de violencia, de situaciones equívocas y tergiversadas) que inducen en su inteligencia ideas falsas y absolutamente contrarias a los valores evangélicos. Y esta acción, lamentablemente, comienza en los niños pequeños, aún antes que comiencen a hablar, poblando su fantasía de héroes indefinidos, de moral tergiversada, de valores que sólo tienen que ver con las apetencias humanas.

Es muy poca la gente que percibe hasta que grado de enfermedad dañina y a veces irreversible ha llegado buena parte de la humanidad a partir de las imágenes que día a día penetran en su mente.

La *memoria* es la otra facultad auxiliar del entendimiento, y es la encargada de almacenar imágenes, pensamientos, ideas y juicios, para cuando el entendimiento las necesite. Allí quedan guardados como *recuerdos* las cosas percibidas y vividas a lo largo de la existencia de la persona; muchos de estos no favorecen la santificación y su recuerdo sólo produce daños en el alma.

Allí se encuentran guardados los acontecimientos tristes y dolorosos de la vida individual, familiar o social, las desgracias, los desprecios, los abandonos, las ingratitudes, las injurias, etc., es decir, todas las *heridas interiores* recibidas a lo largo de la vida, que también necesitarán ser sanadas.

Como resumen podemos decir que la enfermedad del pecado original, agravada por los pecados propios que se agregan a lo largo de la existencia humana, afecta todas las facultades del hombre, inteligencia, voluntad, imaginación y memoria, y esas facultades heridas son las que arrastran al pecado, en cuanto al alejamiento de Dios y de las cosas divinas, para buscar solamente en forma desordenada las cosas terrenales.

### **El surgimiento del pecado.**

Por lo que hemos visto queda claro que el pecado, como alejamiento o desconocimiento de Dios, por la apetencia desordenada de las cosas del mundo, siempre tiene origen en el interior del alma, por la *inteligencia* que juzga erróneamente y presenta a la voluntad un *bien aparente* que en realidad no lo es, y la *voluntad* que ama un bien que no es conveniente y fuerza a la inteligencia a buscar y elegir los medios para conseguirlo.

Sobre estas *causas internas* del pecado influyen dos *causas externas*: *la tentación o sugestión diabólica y la acción del mundo que nos rodea*. En ambos casos la acción principal se produce sobre la *imaginación*, ya que ni el demonio ni hombre alguno puede penetrar en nuestra inteligencia para imponernos una idea. Sólo Dios tiene acceso a nuestro entendimiento, mediante la acción de los dones “intelectuales” del espíritu Santo, a saber: dones de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo.

A través de imágenes y de representaciones sugestivas, que refuerzan el tironeo de las pasiones y lo que presentan los sentidos, el demonio induce y sugiere errores a los juicios del entendimiento, para que presenten a la voluntad como un bien aquellas cosas que no lo son, y que constituyen un pecado.

Lo mismo ocurre con el mundo racional alejado de Dios, que con sus escándalos, máximas equivocadas, malos consejos y ejemplos depravados, presentan como bienes ideas e imágenes que inclinan al pecado. En este contexto de la enfermedad de la inteligencia y la voluntad, con sus potencias auxiliares, memoria e imaginación, y la influencia exterior de la tentación diabólica y del mundo ateo, veamos en la práctica como se generan las distintas clases de pecados.

Los pecados se pueden clasificar de muchas maneras: en primer lugar, por su *gravedad*, tenemos el pecado *leve o venial* y el pecado *grave o mortal*. Pero es clásica la división de los pecados, independientemente de la gravedad en cada caso, en pecados de *pensamiento, palabra, obra y omisión*. Veamos qué es cada uno y como interviene allí la debilidad o enfermedad de la inteligencia y la voluntad.

Los **pecados de pensamiento o pecados internos**: son aquellos que se llevan a cabo solamente con las potencias internas del hombre, inteligencia, voluntad, imaginación y memoria. Encontramos tres tipos distintos:

a) *Los malos pensamientos*: se generan por el deleite que se tiene en representar imaginariamente un acto pecaminoso como si se estuviera realizando, teniendo conciencia clara que es pecado. Intervienen todas las potencias. Por ejemplo, complacerse en el mal que se le haría sufrir a una persona que se odia.

b) *El mal deseo*: es la apetencia deliberada por la voluntad de una cosa mala, con intención de llevarla a cabo cuando se presente el momento oportuno. Jesús lo condena expresamente:

“*Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón*” (Mt. 5,27).

c) *El gozo pecaminoso*: es la deliberada complacencia en una mala acción realizada por uno mismo o por otros. Si el pecador, además se jactara del pecado cometido, ante otras personas, se produce otro pecado que es el *escándalo*. Intervienen la memoria, la imaginación y la voluntad, gozándose en el pecado. Hay que tener en cuenta que el gozo por un pecado cometido renueva el mismo pecado con todas sus circunstancias.

Los **pecados de palabra**: éstos ya son pecados *externos*, y se refieren a los que se realizan exclusivamente con la acción de la palabra; intervienen tanto la inteligencia, presentando las razones para obrar de palabra, y los juicios e ideas a exponer al otro, y la voluntad que consiente y manda decir esos pensamientos con palabras. En este tipo de pecados encontramos los insultos, las mentiras, los falsos testimonios, la maledicencia, la calumnia, la difamación, el chisme, las burlas, el poner apodosos ofensivos, el dar a conocer públicamente cuestiones íntimas de otro, la jactancia desmesurada, etc. El apóstol Santiago se refiere extensamente a este pecado (Leer Stg. 3,1-12).

Los **pecados de obra**: aquí caen la gran mayoría de los pecados visibles, donde se producen acciones concretas en contra de la Ley de Dios y la moral. También muchas de estas obras transgreden igualmente las leyes humanas y son condenadas por las mismas.

¿Cómo se llega a obrar un pecado? Ya lo vimos antes: la inteligencia enferma, con sus ideas equivocadas sobre lo que es bueno, informa a la voluntad, que es arrastrada en su debilidad y consiente en efectuar la obra pecaminosa.

Los **pecados de omisión**: estos son pecados donde se produce voluntariamente la ausencia de un acto, ya sea *mandado por la Iglesia*, como por ejemplo, el no ir a misa en un día de precepto, o *mandado por el entendimiento* a través de la fe o por la *voluntad* por la caridad. No se lleva a cabo esos actos por pereza, negligencia, indecisión, temor o falta de energía en la voluntad.

En resumen, hemos estudiado como, a partir de la inteligencia y voluntad humanas, enfermas y disminuidas en sus capacidades propias por el pecado (original y actual), se origina el pecado, como un apartamiento de lo que Dios desea para nuestro bien y salvación eterna.

Este es el motivo fundamental por el que el Hijo de Dios se encarnó y vino al mundo. La obra fundamental de Jesucristo es la Salvación de los hombres, la que lleva a cabo apartándolos del pecado, *sanando la enfermedad que sufre el hombre en las potencias del alma*, restaurando el equilibrio y la rectitud perdidos por el pecado original, y esto lo hace por la *gracia*, tal como veremos a continuación.

### **Jesucristo sana con el don de la gracia.**

Hemos puesto nuestra atención en las debilidades propias de las facultades superiores del hombre, originadas en que las mismas han quedado heridas, enfermas, como consecuencia del pecado original. El entendimiento conoce mal la verdad, entre dudas y sombras que no puede disipar, y la voluntad es débil, con lo que no logra imponerse muchas veces a los sentidos y a las pasiones que de ellos se derivan, que constantemente tienden a desmandarse.

Jesús nos merece con su pasión, muerte y resurrección la Redención, regalándonos el don de la gracia, verdadera participación en la vida de Dios.

La gracia santificante que permanece en el alma del hombre en estado de gracia *sana y eleva* al hombre, por eso también recibe los nombres de *gracia sanante o elevante*. En estas acciones quedan expresadas las consecuencias fundamentales de la Redención de Jesucristo: el Señor vino a *sanar* al hombre de la enfermedad contraída por el pecado original, que lo sigue haciendo tender al pecado, es decir, a su alejamiento de Dios, y a *elevantarlo* desde su condición pecadora a la dignidad de *hijo adoptivo de Dios*.

Se puede ver en detalle la acción de la gracia en el hombre en [La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo 4](#), por lo que aquí sintetizaremos los conceptos principales.

La gracia introduce de manera sobrenatural en el ser del hombre *nuevas facultades*, que están constituidas por las *virtudes infusas (teologales y morales)*. Recordemos cuáles son estas virtudes infusas y cuál es su función:

Hay tres virtudes llamadas *teologales*, que ordenan al hombre directamente en relación a Dios, su fin último:

\* La *fe* es una virtud dirigida al entendimiento, al que le da una luz sobrenatural para *captar* las verdades reveladas por Dios, rectificando sus errores en búsqueda de la verdad.

\* La *esperanza* reside en la voluntad y permite *confiar* en lo que el entendimiento iluminado por la fe le da a conocer, y, entonces, *desear y buscar* esas verdades.

\* La *caridad* reside también en la voluntad, y por ella amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas y a nosotros y al prójimo por Dios. Rectifica la principal debilidad de la voluntad, que es el amor a sí mismo y la búsqueda solamente de la propia conveniencia (egoísmo), poniendo a Dios en el centro de los apetitos del hombre.

Las virtudes infusas *morales* ayudan al hombre sobrenaturalmente ordenándolo en relación a sí mismo y hacia los semejantes, es decir, respecto a los *medios* para lograr su fin último. Se resumen en las cuatro *cardinales*, equivalentes a las naturales, pero con capacidades sobrenaturales: tenemos *la prudencia*, para ayudar al entendimiento a escoger los medios más a propósito para nuestro fin sobrenatural; *la justicia*, actuando sobre la voluntad y moviéndonos a dar al prójimo lo que es suyo, santificando el trato con nuestros hermanos; *la fortaleza*, reforzando el apetito irascible, prestando energías sobrenaturales a nuestra alma en la tribulación y en el combate espiritual, y *la templanza*, que actuando sobre el apetito concupiscible modera el ansia de goces y nos aparta del placer pecaminoso.

Describiremos ahora en detalle la *acción sanadora* que producen estas virtudes sobre las facultades del hombre, remediando la enfermedad producida por el pecado y dándoles su verdadera dimensión, según la imagen y semejanza de Dios con la que fue creado el ser humano.

**Sanación de la Inteligencia:** Para remediar las debilidades del entendimiento la gracia nos regala la virtud teologal de *la fe* y la virtud moral de *la prudencia*. La principal cura del entendimiento la realiza la virtud de la fe ¿Qué es la fe? Es una nueva capacidad sobrenatural de la mente del hombre, que le provee de una luz especial que le permite captar y asentir fuertemente las verdades divinas reveladas por Dios.

Como se trata de verdades que exceden nuestra capacidad natural de entenderlas, en razón de la debilidad de nuestra inteligencia, necesitamos la capacidad sobrenatural de la fe para que esclarezca nuestra facultad cognoscitiva y nos libere de sus errores propios.

Recordemos que el error básico del entendimiento, por el cual induce al pecado a la voluntad, es la apreciación errada de su fin último, que de Dios pasa a las cosas creadas, a las cosas de este mundo, lo que Santo Tomás de Aquino llama la “conversión a las criaturas”. La fe viene precisamente a rectificar este error, dándole al entendimiento la capacidad sobrenatural de *captar* las verdades fundamentales de la Revelación, que son las que guiarán en forma segura a nuestros actos en dirección a Dios, y no ya hacia las cosas temporales, del mundo.

Algunos autores, para precisar mejor la acción de la fe, dan un ejemplo ilustrativo, comparándola con la función de un telescopio. Si nosotros miramos algún objeto lejano a simple vista, como por ejemplo la luna, sólo veremos un círculo blanco, con algunas manchas oscuras distribuidas sobre su superficie en forma irregular. Pero, si ahora observamos a la luna con un potente telescopio, de pronto se abrirá a nuestra asombrada vista una multitud de detalles que ni siquiera sospechábamos de su existencia: valles, montañas, cráteres de distintos tamaños, etc. Sin embargo, los ojos con los que estamos observando a través del telescopio son los mismos de antes, pero el instrumento nos da una capacidad nueva a nuestros ojos naturales, para ver lo que antes quedaba oculto.

Así actúa la fe en nuestro entendimiento natural: no lo cambia, sigue siendo el mismo que teníamos, pero recibe una nueva capacidad, una agudeza que antes no tenía, que le permite captar y entender lo que antes quedaba completamente oculto, en lo que se refiere a las verdades reveladas por Dios a través de su Palabra.

El proceso natural y discursivo, de pasos sucesivos del entendimiento no cambia, pero puede ahora penetrar en las sombras que lo envolvían con una luz sobrenatural, que lo lleva primero a *captar* (no a *entender*, ya que los misterios de Dios sólo se entenderán claramente estando cara a cara con Él) las verdades sobrenaturales, su significado, y luego a *asentir fuertemente en ellas*, es decir, lo que llamamos *creer*.

De esta manera la fe nos lleva a creer que Dios es nuestro Padre bueno y misericordioso, que somos sus queridos hijos adoptivos, que Jesús es nuestro Salvador y Hermano, que nuestro destino final es la vida eterna en presencia de Dios, que Dios perdona nuestros pecados, que el Espíritu Santo obra en nuestro interior para santificarnos, y así siguiendo con todas las verdades de la fe cristiana, que son inentendibles para el hombre racional, como bien lo expone San Pablo:

“Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que

*está en él? Del mismo modo nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios, son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor. 2,10-16)*

Podemos resumir la enorme acción de sanación que produce la luz de la fe en el entendimiento diciendo que nos hace perder la visión humana de las cosas, para sustituirla por las claridades de la fe, las que nos proporcionan en todos los casos *el punto de vista de Dios*.

También actúa sobre la inteligencia la *virtud de la prudencia infusa*, que la orienta no ya hacia su *fin último*, como la fe, sino respecto a *los medios* a utilizar para lograr ese fin. Permite conocer las causas que pueden llevar al pecado y las ocasiones en que se puede caer en el mismo, evitando así las caídas.

También posibilita encontrar el procedimiento correcto para conciliar las acciones de nuestra vida en función de su último fin. Por ejemplo, encontrar el término justo entre el tiempo necesario para las actividades laborales impuestas por el deber de estado, y el tiempo de descanso y esparcimiento, con el que tenemos que dedicar a la oración, a la lectura y estudio de la Biblia, a la vivencia de los sacramentos, etc., es decir, a la aplicación correcta de los *medios* que nos ordenan hacia Dios.

La acción conjunta de la fe y la prudencia curan a la inteligencia de sus defectos provenientes del pecado original. La fe sana la herida de *la ignorancia*, abriendo un nuevo y nunca sospechado panorama para la inteligencia del hombre, en cuanto a *conocer* las verdades de la revelación de Dios, que permanecían ocultas a su razón natural.

La experiencia de la fe, para aquel que la vive ya de adulto, después de una vida basada casi solamente en lo racional, se asemeja a un hombre que nació y vivió su vida siempre encerrado en una casa sin ventanas y con muy poca luz, y sin comunicación con el exterior. Esa persona cree que todo el mundo consiste solamente en eso que él conoce, una cantidad de objetos con diversos usos que satisfacen sus necesidades para vivir.

Pero un día, de pronto, descubre algo en que nunca había reparado antes, ya que no sabía de qué se trataba: una manija en una pared. Cuando la acciona, se abre una gran ventana hacia el exterior, y de repente aparece todo un mundo del cual ignoraba su existencia: un cielo azul, nubes blancas sobre él, un sol luminoso, el verde de los prados y los árboles, animales pastando, y así siguiendo.

Su reducido mundo se ensanchó tremendamente, ingresando en una dimensión asombrosa que hasta entonces desconocía por completo.

Así actúa la fe sobre la inteligencia del hombre, como una luz que entra a raudales, ensanchando y agudizando su alcance y la captación de las verdades de Dios, que antes constituían cosas sin sentido, y que aún consideraba como necesidades.

Desaparece entonces la *curiosidad* inmoderada respecto de las cosas terrenales, reemplazándola una necesidad imposible de frenar de conocer más y más sobre la vida divina, leyendo y estudiando la Biblia, textos de espiritualidad, de doctrina, experiencias de los santos, etc., ingresando en un mundo fascinante, hasta entonces desconocido, que hace olvidar y dejar de lado las trivialidades del mundo.

También los *pensamientos inútiles* tienden a ir desapareciendo, ya que el entendimiento, fascinado con los nuevos y luminosos conocimientos sobre las cosas divinas que penetran a raudales en él a través de la virtud de la fe, no puede dejar de discurrir permanentemente sobre ellos, descubriendo a cada momento nuevas facetas de la revelación, como aquel que da vuelta en sus dedos un gran diamante tallado y siempre descubre un reflejo nuevo según lo va girando.

La virtud de la fe es llevada a su máximo crecimiento por la acción de los dones “intelectuales” (inteligencia, ciencia y sabiduría) cuando el cristiano ingresa a la experiencia de la *contemplación infusa*. Es entonces cuando la *ceguera espiritual* queda absolutamente derrotada, ante la contemplación directa de los misterios de la fe.



Ahora todo es claro y luminoso: la obra de la propia salvación y santificación, el sentido del dolor y el sufrimiento, la situación espiritual de los demás, el significado de los acontecimientos en el mundo, tanto en lo personal como a nivel social, y tantas otras luces sobrenaturales que recibe a raudales en su entendimiento.

La virtud de la *prudencia* también contribuye a la sanación de la inteligencia enferma. Evita por completo, en su máximo crecimiento, que ocurre cuando la ilumina el *don de consejo*, toda *precipitación en el juzgar*, toda acción irreflexiva e imprudente, o solamente gobernada por los juicios de la inteligencia impulsados por las pasiones desordenadas o por la concupiscencia.

También el cristiano pierde *la soberbia de su entendimiento*, porque ahora sabe que todo conocimiento verdadero viene de Dios, y desconfía totalmente de su propio juicio, pidiendo siempre en oración el consejo divino.

Las decisiones importantes de la vida, como así también las más pequeñas, son ahora tomadas con seguridad, con el convencimiento que reflejan la voluntad de Dios, y, por lo tanto, representan lo mejor para uno mismo, aunque muchas veces vayan en contra de lo que el mundo proclama y predica.

De esta forma la inteligencia se va purificando y liberando de los errores y mentiras en que la había sumergido la *ignorancia y la ceguera espiritual*, para cumplir cabalmente con su misión de *informar la verdad a la voluntad*.

**Sanación de la voluntad:** hay que recordar que la *voluntad*, que también es llamada *apetito racional*, es la facultad del hombre por la cual éste busca *el bien conocido por el entendimiento*.

El acto propio de la voluntad es el *amor*, es decir, la unión afectiva con el bien deseable que le da a conocer el entendimiento.

Cuando el entendimiento cae en el error de juzgar como bueno algo que en realidad es un mal, empuja a la voluntad, que se puede decir que es una potencia ciega, a buscar ese bien equivocado, lo que genera el pecado.

Es por este motivo que cuando la inteligencia es sanada por la gracia a través de la fe, y cae cada vez menos en el error, a su vez impulsa a la voluntad no ya hacia las cosas terrenales, sino hacia Dios. Se generan así en el hombre acciones dirigidas hacia lo espiritual y a su salvación eterna.

Pero ocurre que la voluntad en sí misma está afectada por el pecado original, que la ha debilitado, con lo que ha perdido el dominio total sobre las *facultades sensibles* (sentidos) y las *pasiones* generadas por ellos.

En el hombre racional, privado de la gracia, la voluntad ha entregado su *amor a los bienes sensibles* captados por los sentidos, y también ha buscado, empujado por la concupiscencia, todo aquello que en su desorden constituye los siete pecados capitales (lujuria, soberbia, gula, pereza, envidia, ira y avaricia).

De esta manera, aún cuando la inteligencia esclarecida por la virtud de la fe informa a la voluntad como bienes apetecibles los espirituales, ésta, sin auxilio sobrenatural, sigue estando sujeta a las apetencias terrenales.

La gracia remedia esta situación de debilidad a través de la *virtud de la caridad*. Por su acción, el hombre percibe que *es amado por Dios*, y, a su vez, ama a Dios por sobre todas las cosas, y a los demás hombres, en Dios, a partir de la *caridad fraterna*.

Así la caridad rectifica el amor humano, que es el acto propio de la voluntad, transformándolo en un amor sobrenaturalizado, divino. Este amor de Dios que va invadiendo la voluntad hace que esta impulse (impere) al entendimiento, para que profundice el conocimiento de Dios y de las cosas divinas, lo que la inteligencia, esclarecida por la fe, va consiguiéndolo cada vez con mayor claridad.

De este modo las verdades de la revelación de Dios conocidas por la fe, informan a la voluntad, que impulsada por la caridad deja de buscar solamente las cosas de aquí abajo, para apetecer las celestiales y eternas.

Como auxilio de la caridad tenemos la otra virtud teologal, *la esperanza*, que genera en el cristiano *la confianza absoluta* que podrá alcanzar la salvación y la vida eterna, objetivos revelados por la fe, pero que se ven llenos de dificultades para cumplirlos.

La esperanza revela que no son nuestras propias fuerzas, sino las mismas de Dios las que nos impulsarán a la salvación.

También hay tres *virtudes morales o cardinales* que ayudan a la sanación de la voluntad:

La virtud de la *justicia*, que mueve a la voluntad a dar a cada uno lo que le es debido, por lo que el cristiano, bajo su acción, va más allá de la observancia de las leyes humanas, dando lugar al *respeto* por todo lo ajeno, a la *veracidad*, huyendo de la mentira, la jactancia y la hipocresía.

La virtud de la *templanza* asiste a la voluntad para moderar el *apetito concupiscible*, es decir, la inclinación a los placeres sensibles desordenados. En especial la voluntad modera el placer exagerado que está unido a las dos principales funciones de la vida orgánica, que son el comer y beber, y la actividad sexual para conservar la especie, evitando el desorden de las mismas, que consiste básicamente en procurar el placer en sí mismo sin límite alguno.

Finalmente, la virtud de la *fortaleza*, que actúa sobre el *apetito irascible* regulando las pasiones que emanan del mismo, supera y vence el *temor*, modera la *ira*, evita la *desesperación*, y mantiene la *audacia* dentro de los límites de la razón para que no se transforme en *temeridad*.

Por consiguiente, con la acción de las virtudes descriptas, teologales y cardinales, perfeccionadas por la actuación de los dones del Espíritu Santo cuando se llega a la vida mística, es claro que se produce la sanación de las heridas y la enfermedad de la inteligencia y voluntad humanas, al mismo tiempo que el hombre se *eleva* hacia la imagen y semejanza con Dios con la que fue creado.

Vemos así descrito el triple oficio de la gracia habitual: es *sanante*, *elevante* y *santificante*, esto último como resultado del obrar del *hombre nuevo* u *hombre espiritual* que cada vez se acerca más al *modo divino* de obrar, que es propio del santo (ver para ampliar este tema [La Vida Cristiana Plena, Cuarta Parte, Capítulo 2](#)).

**Sanación de la imaginación y la memoria:** Para terminar con el panorama de lo que significa la sanación interior del hombre en forma total, nos falta ver como la gracia restaura las heridas de las facultades auxiliares del alma, *la imaginación y la memoria*.

En cuanto a la *imaginación*, sabemos que las pasiones desordenadas se alimentan y crecen en la imaginación, que pinta con vivos colores el placer que produce el pecado, o aumenta las dificultades que se deberán superar en el camino de la virtud, trayendo la tristeza, la desconfianza, y aún la desesperación.

La primera acción que purifica la imaginación es la *guarda de los sentidos externos*, especialmente la *vista*, por la que entran los componentes mayores de las imágenes (complementadas por los sonidos, los olores, el gusto y las sensaciones táctiles o de la piel) vanas o dañinas, que soliviantan al apetito sensitivo, excitan la atención del entendimiento y buscan el consentimiento de la voluntad, llevando así al pecado.

El entendimiento purificado por la fe tiene la capacidad de juzgar y ver en estas imágenes malsanas todo lo que se opone a la vida espiritual, y por la virtud de la prudencia, reforzada por el don de consejo, informa a la voluntad que es necesario apartarse de ellas. Ésta, llena del amor de Dios, siente rechazo, repugnancia y hasta horror por todas esas imágenes, negándose a dejar que entren en el interior de la persona.

Se encauza también la imaginación combatiendo la *ociosidad*. La imaginación nunca está quieta, y cuando se le da tiempo comienza a trabajar febrilmente, por lo que es conveniente desterrar los momentos de ocio, en el sentido de no hacer nada.

Más allá de aplicarse cada uno a las tareas propias de su estado, con la alegría y la certeza que corresponden a la vocación de Dios para ese momento de la vida de cada uno, es conveniente llenar los momentos de descanso y de falta de ocupaciones con aquello que alimenta nuestra imaginación en forma positiva.

Esto se logra con lectura y meditación de la Palabra de Dios, de libros espirituales, de las vidas de los grandes santos, de la escucha de enseñanzas y reflexiones religiosas por radio, televisión, grabaciones, etc., y con conversaciones sobre temas espirituales con personas que viven su fe cristiana. De esta manera no se permite el ingreso o la aparición de imágenes perniciosas, y se las reemplaza con imágenes derivadas del Evangelio o de las vidas de los santos.

La aplicación de la inteligencia iluminada con la luz de la fe a estos temas es muy importante, sobre todo cuando las lecturas espirituales se representan en forma activa en la imaginación, creando imágenes piadosas, llenas de paz, que van impregnando la imaginación, suplantando todo aquello que nos quiere introducir en imágenes el mundo que nos rodea. Esto es lo que se llama “representación de lugar”, que significa representarse con la mayor viveza posible una escena evangélica que se está meditando, usando toda la riqueza de la imaginación.

Por lo que respecta a la *memoria*, en ella quedan almacenadas imágenes, ideas y pensamientos, como *recuerdos*, que en muchos casos producen *heridas* en el corazón. Estas heridas, que corresponden a sucesos dolorosos y difíciles vividos con anterioridad, permanecen abiertas porque hay un recuerdo que siempre las hace presentes, en forma consciente o aún inconsciente.

Los recuerdos dolorosos los podemos dividir en dos clases principales:

- a) Todos aquellos que tienen relación con injurias, ofensas, despechos, agresiones física o morales, humillaciones, abusos, abandonos, y todo tipo de episodios desagradables *vividos en relación a otras personas*, perfectamente conocidas e identificadas.
- b) Los sucesos que implicaron grandes sufrimientos, tanto físicos como espirituales, por ejemplo enfermedades propias o de seres queridos, muertes cercanas, fracasos de todo tipo, profesionales, de estudio, de negocios, políticos o artísticos, dificultades por defectos físicos o intelectuales, accidentes y desgracias, y otros acontecimientos similares.

Las heridas producidas en estos dos grupos de sucesos tienen distintos orígenes: en los primeros encontramos fundamentalmente el rencor, la falta de perdón y el odio hacia las personas que los provocaron, mientras que por los segundos lo que duele es el hecho de no encontrarle sentido al sufrimiento por el que se pasó, es decir, al “¿para qué?” del mismo, y al “¿por qué a mí?”. La única respuesta que a veces llega, agravando la situación aún más, es que Dios es el culpable.

¿Cómo se produce la sanación de estas heridas del alma que se guardan en la memoria, y que son fuente de conductas erróneas y de conceptos equivocados y tergiversados sobre la vida, que afectan de maneras diversas el diario existir?

En los recuerdos referentes a vivencias desagradables con otras personas sólo existe un remedio, que es *el perdón verdadero e incondicional*, que únicamente puede surgir de la virtud de la *caridad*, que nos permite ver en aquel que nos ofendió a otro hijo de Dios, y también por el *don de ciencia*, que nos deja penetrar en la realidad íntima de su situación espiritual, lo que ayudará a comprender las motivaciones, por supuesto equivocadas, de su mala acción.

En los recuerdos basados en los sufrimientos recibidos, la luz de la fe y la acción del don de ciencia llevan a penetrar en *las causas* por las que existió la permisión divina para que ocurrieran, viendo además los *frutos* que se produjeron a partir de esos sucesos, como conversiones propias o de la familia, cambios de vida, crecimiento en distintas virtudes, etc. Se hace luminosa la expresión de San Pablo: “*Por lo demás, sabemos que en todos los casos interviene Dios para bien de los que le aman.*” (Rom. 8,28).

También la comprensión por la fe del misterio de la Pasión redentora de Jesús, unida al amor de Dios, permite ver todos estos sucesos dolorosos como una participación en la misión redentora del Señor, lo que también San Pablo expresa con tanta claridad:

“*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia.*” (Col. 1,24). Hay almas escogidas por Dios para sufrir *en reparación* por los pecados de los hombres, y para ellas entonces el sufrimiento y el dolor están llenos de un sentido gozoso.

¿Cómo se produce el proceso de sanación de los recuerdos? Es por la acción del Espíritu Santo a través del *don de ciencia*, generalmente estando en recogimiento interior o en oración. Por este don el Espíritu penetra en nuestra memoria, haciéndonos presentes recuerdos que quiere sanar, a veces con detalles tan vívidos que uno no

creía ya recordar, y que muchas veces estaban ocultos y como olvidados. Estos recuerdos pueden pertenecer inclusive a la etapa fetal de la persona, antes de su nacimiento.

Cuando el suceso se presenta, entonces comenzarán a obrar las virtudes necesarias: si hay que perdonar, la *caridad* para decidirlo, la *prudencia* para mostrar de qué manera se puede otorgar ese perdón, y la *fortaleza* para hacerlo efectivo, a pesar de la resistencia natural humana de la voluntad.

Si el recuerdo versa sobre un suceso que produjo dolor y sufrimiento sin culpa ni autor conocido, la fe iluminada por los *dones de inteligencia y sabiduría* permitirá entender los “para qué” de ese acontecimiento, y mostrará los frutos espirituales que se derivaron de él.

Es de ayuda también en este proceso de sanación el don de ciencia, no ya actuando en uno mismo, sino a través de otras personas que por medio de este don pueden “ver” o “percibir” nuestra realidad espiritual, o las raíces y causas de recuerdos dolorosos, por lo que en clima de oración, pueden orientarnos o ayudarnos en la sanción interior.

Tanto el perdón otorgado, como el haber captado el sentido de los sufrimientos vividos, harán que el recuerdo de esos sucesos no solamente deje de ser una herida abierta y dolerosa, sino que producirá alegría, gozo y paz, porque a partir de allí ese recuerdo llevará unido a él la gracia descubierta, la acción de Dios percibida, su inmenso amor por nosotros, y la conciencia clara de los frutos que ha producido. Será entonces que se podrá decir que el recuerdo ha sido sanado por la acción de la gracia santificante recibida por los méritos de Jesucristo y su Salvación redentora.

## **Conclusión**

Hemos tratado de desarrollar un tema que resulta fundamental conocer al cristiano, dada la enorme importancia práctica que posee para su vida espiritual: la sanación integral de nuestro ser que nos ha traído Jesucristo, el Médico perfecto, con su Redención.

Esto es algo sobre lo que no se presta la atención debida entre los cristianos, quizás porque la mayoría no tiene conciencia de la enfermedad congénita con que ha venido al mundo como consecuencia del pecado original, y que afecta sobremanera sus facultades humanas superiores, *la inteligencia y la voluntad*, y las auxiliares, *memoria e imaginación*.

Igual que ocurre con las enfermedades del cuerpo, pasa con las del alma: uno sólo recurre al médico cuando toma conciencia que está enfermo. Por esta razón es tan importante darse cuenta de cuáles son las enfermedades que afectan al alma, para poder diagnosticar en qué medida estamos alcanzados por alguna de ellas.

Este es el sentido de este estudio, no para abarcar el tema en forma completa y exhaustiva, sino buscando que al menos sirva para que aquel cristiano que lo lee, y que no tenía un conocimiento más o menos bueno sobre el mismo, se sienta impulsado a profundizar en su conocimiento, y a plantearse cuál es la situación de su interior.

Y entonces, de ser necesario, recurrirá al único que a través de la gracia regalada por su Redención, podrá sanarlo: ***Jesucristo, nuestro Señor.***

